

LYDA DE LIS
Historia de una Estatua de Piedra

PRIMERA PARTE



Memorias Olvidadas
Darka Treake

Prólogo a Lyda de Lis

Lluvia

Llovía incesantemente. Era una de esas tormentas silenciosas, en las que no truena, simplemente las nubes descargan sobre el mundo todo cuanto tienen, sin sentirse satisfechas, sin dar síntomas de querer parar. El bosque estaba completamente en silencio, salvo por el incesante sonido del chaparrón. Las copas de los árboles retorcidos filtraban las gotas, que llegaban al suelo, empapando la tierra, y desprendiendo ese olor a húmedo tan maravilloso que tienen los bosques.

Lyda volaba velozmente, buscándola. Estaba completamente calada, empapada como nunca antes lo había estado. En aquel momento sobrevolaba el bosque, en la forma de un gran dragón de escamas rojas. Las tremendas alas se llevaban consigo las incesantes gotas, mientras batían el aire enérgicamente.

Aquel hechizo le había costado a Lyda mucho esfuerzo, y estaba realmente cansada. Pero el logro le

había valido la pena. Era algo que siempre había querido hacer, pero que su conocimiento de la *Magia Mutable* no le había permitido, hasta aquella noche.

Cansada, divisó un arroyo que bajaba, alimentado por la lluvia. Y ella, desde el cielo, tomó su curso, internándose en la tormenta. Voló sintiendo aquella libertad que sólo las aves pueden sentir, dejándose flotar bajo la tempestad. Y así llegó hasta donde el arroyo desembocaba en bonitas cascadas a un estanque. Entonces la vio, sentada a su orilla, mirando el dragón rojo acercarse. Lyda descendió todo lo despacio que pudo, hasta aterrizar en la orilla opuesta a la chica. Ésta ni se inmutó ante la bestia.

El estanque era claro, y Lyda habría visto el fondo si no fuera por su superficie quebrada por la lluvia. Algunos nenúfares aun flotaban, y más allá, estaba la chica. Sus ropajes grises estaban completamente empapados, y estaba sentada con los pies descalzos metidos en el agua. Tenía el pelo tan largo que llegaba hasta descansar sobre la arena del estanque.

Hasta hacía un instante, a su alrededor debía haber una docena de ranas, que se acaban de marchar saltando, asustadas por la bestia en que Lyda llegaba transformada.

- ¿Sois un dragón que viene a devorarme, o sólo a pedirme consejo?- Dijo la chica sin dejar de mirar el lago distorsionado por la lluvia.

- He venido a pedir os ayuda.- Vocalizó el dragón desde su poderosa mandíbula, exhalando vapores.- ¿Sois Lluvia, la Señora de la Tormenta?

Ella asintió. - ¿Cuál es vuestro nombre, dragón?

En ese momento, el dragón comenzó a menguar. Sus tremendas alas empequeñecieron, hasta transformarse en dos brazos. Sus escamas rojas se fundieron hasta convertirse en piel, y su poderosa cabeza fue regresando a su forma original.

Lo que antes era un gran dragón rojo, ahora era una preciosa muchacha, cuya melena pelirroja estaba completamente empapada. Vestía un camisón a modo de pijama, verduoso con incontables florecillas de lis, que estaba chorreando, e iba descalza. Lyda comenzó a caminar alrededor del estanque.

- Mi nombre es Lyda de Lis. Y como veis, no soy un dragón, sino una hechicera. Venía buscándoos, Lluvia.

La chica permaneció sentada, hasta que Lyda se sentó junto a ella. La lluvia se mantenía incesante, y el sonido al llegar al estanque era precioso, acompañado del chocar contra las hojas alrededor. Era un momento, sin duda, mágico.

- ¿Qué queréis de mí, Lyda de Lis, Señora de la Magia Mutable?

El título dado halagó a Lyda, a la par que le apenó intensamente. Le habló muy seria:- Necesito vuestra ayuda.- Lluvia asintió.- He de rogaros que me ayudéis en una tarea que puede ir contra vuestros principios, y que podría desatar graves consecuencias. Pero lo que voy a pedir os me mueve a mí, y a otros, a correr tal riesgo.

- Decidme.- Consintió Lluvia.

- Os pido que me ayudéis a invocar a una poderosa criatura, capaz de cumplir cualquier deseo.

- ¿Por qué razón no debería ayudaros? ¿No sería de agradecer que pudiera cumplir mi mayor deseo?

- ¿Cuál es tal deseo, Señora de la Tormenta? - Preguntó Lyda.

Ella miró hacia arriba, donde las espesas nubes cubrían todo en millas a la redonda.- Quiero ver el sol.- Dijo sintiendo las gotas caerle directamente sobre el rostro.- Quiero ver las estrellas, y quiero ver la luna. Quiero saber la diferencia entre el día y la noche, ver el juego de coloridos del cielo...- Suspiró, abriendo los ojos.- Me gustaría ver una vez el cielo.

- Esta criatura, Lluvia, podría concederos ese deseo. Pero yo voy a rogaros que me ayudéis, y que a pesar de ello, no le pidáis que os lo cumpla.- Lluvia la miró si comprender.- El precio por un deseo concedido por Gingoen, se paga muy caro. Lo sé por propia experiencia...- Esas últimas palabras sonaron muy bajo, hasta que sólo se escuchó la incesante lluvia sobre el estanque.

- ¿Por qué debería entonces ayudaros, Lyda de Lis?

- Porque sin vuestra ayuda, Lluvia, Señora de la Tormenta, no podré pedirle que se cumpla mi deseo...

Lyda de Lis y la Bruja de los Sueños

Lyda abrió los ojos en la noche y se inundó de pánico al encontrarse completamente a oscuras. Aun no se había dormido, cierto era que solía tardar en hacerlo una vez acostada, y aquella noche llevaba un rato en la cama cuando sintió aquella brisa colarse bajo el umbral de la puerta, apagando la vela. La bonita muchacha no podía dormir sin una luz que le iluminara la oscuridad. La sensación de que algo acechaba en las sombras era algo que le venía persiguiendo desde que era niña, y contra la que ya se había dado por vencida. Simplemente no podía dormir a oscuras, no podía si quiera estar a oscuras. Le daba un miedo irracional, un pánico tal, que en ocasiones hasta le había hecho dudar de lo real y de lo que podía no parecer real...

Al sentir aquella sensación de ahogo, como si la oscuridad lo envolviera todo, apretándola, se levantó y

apresurada se dirigió a la vela apagada, entonces, en sus dedos, brotó una llamarada roja, que le devolvió la seguridad a la cámara. Y así, acercando las yemas de sus dedos ardientes, prendió la vela sobre la encimera.

Su pequeño hogar consistía en una estancia circular, con una cama, un baúl, un armario y una cocina improvisada junto a la chimenea. En el suelo, cubriendo el espacio que quedaba a los pies de la cama, bajo el baúl, una antigua alfombra, ya raída tras el paso del tiempo, que aun mostraba un escudo familiar olvidado: una Flor de Lis en terciopelo de plata gastada. Lyda, para evitar que se repitiera la intromisión, arrojó un trapo al umbral de la puerta que daba al jardín. Ahora la fría noche no podría colarse para dejarla de nuevo a oscuras...

Aquella noche Lyda durmió inquieta, sintiendo la presencia que acechaba, pero la mañana llegó pronto y pudo olvidarse de ella mientras el sol surcaba iluminando el cielo. Así vivía Lyda, disfrutando los días, viviendo el momento, y temiendo las noches, deseando que acabaran pronto.

A la mañana siguiente, Lyda se levantó con la extraña sensación de aquello que le había rondado por la noche, pero trató de olvidarlo todo. Últimamente el sentimiento de aquella presencia nocturna era más latente. Incluso alguna vez había llegado a escuchar alguna voz en la oscuridad... Pero resuelta a olvidarlo todo, al menos mientras durase el día, salió a su jardín y la hermosa visión de los frutales y las flores le regocijó. Lyda era una joven esbelta, preciosa y con muchos

secretos. Su cabello rojo, de un color ígneo fulgurante daba cuenta de sus peculiaridades. Se trataba de una chica solitaria, con demasiadas rarezas como para que algún cualquiera la entendiera. Además, a ella tampoco le gustaba la gente cualquiera. Vivía sola en su casita, en algún recóndito lugar de las junglas de Agana, al sur del Gran Volcán, en el inmenso continente de Ûlathar, muy al sur del Viejo Mundo. Aquella mañana, como de costumbre, Lyda vestía el camisón que además utilizaba para dormir. Era de un color verdoso claro, estampado con cientos de pequeños símbolos en forma de la Flor de Lis, como su emblema familiar, ya olvidado en aquella región del mundo. Siempre iba descalza. Se acercó a la platanera y bostezó tras morder uno de sus ricos frutos, y el aire a su alrededor flotó hasta sus pulmones. Un aire fresco de las montañas, húmedo como el bosque de cuento en que vivía, de árboles retorcidos, cubiertos de musgos, y helechos, rocas y tierra empapada por doquier. A Lyda le encantaba aquel lugar, y su olor mágico. Le hacía sentirse viva, llena de energía.

Permaneció ahí, de pie, durante unos minutos, absorbiendo aquella sensación magnífica, cuando sintió entre sus tobillos la suavidad del roce de un gato que rondaba su hogar. Su nombre era Assissa, y vivía en los alrededores desde hacía un tiempo. A menudo eran compañeras de juego, y cada mañana, acudía hasta Lyda a que le alimentara. Era negra azabache, muy muy hermosa. Era una gata que tenía algo en la mirada, no como el resto de gatos, sino especial, si cabe: sus ojos azules denotaban una belleza presa, aletargada. Esta vez, Assissa ronroneó entre los tobillos de Lyda, pero ésta

continuó disfrutando del fruto. Cuando se hubo terminado aquel plátano, movió la mano dando una vuelta sobre la muñeca, y la cáscara amarillenta se transformó en florecillas diminutas que cayeron de entre sus dedos hasta la gata, que se puso a jugar con ellos con ansia. La chica pelirroja sonrió, era un pequeño juego personal: eran preferibles las flores a los desperdicios... Fue entonces cuando, sin pensarlo dos veces, echó a volar. Ahora, el camisón a modo de túnica se fue tornando en aterciopelado, para después convertirse en un manto de incontables plumas rojizas que cubrieron su cuerpo, como piel de ave milenaria, mientras que sus pies descalzos se elevaron convirtiéndose en pezuñas. Sus brazos se batieron para iniciar el vuelo, mientras que se agrandaban hasta tornarse en tremendas alas. Su cuerpo disminuyó de tamaño y cambió de forma, y su rostro, tan suave y hermoso como era, se alargó hasta que sus labios fueron un pico afilado... Y es que Lyda era una bruja, una hechicera que dominaba la *Magia Mutable*. Y así, con el cuerpo de un águila rojiza, emprendió el vuelo hacia la falda norte del Gran Volcán, más allá de los límites del Bosque de Agana, donde vivía una de sus mejores y más antiguas amigas, Onírica, la Bruja de los Sueños.

Lyda había vivido desde niña con la *Magia Mutable* presente. Su madre era una gran bruja de la *Magia Mutable* también, y le había enseñado muchas y grandes cosas. Así, Lyda había pasado largos años estudiando y practicando aquel tipo de energía. Había aprendido, probado pequeños hechizos y tratado de

aumentar su conocimiento de aquel tipo de magia. Ahora, era capaz de cambiar algunas cosas de forma, pequeños objetos, o animalillos. Además, podía convertirse ella misma en otras cosas, como adaptar su forma física a la de algún animal. A la preciosa bruja, le encantaba convertirse en pajarillo, y revolotear por aquí y por allá, haciendo alarde de su poder, o en una gatita rojiza, y husmear por los campos sin ser atrapado por los depredadores. Pero la *Magia Mutable* conllevaba ciertos riesgos... A menudo le ocurría a Lyda que soltaba un hipo bien sonoro, irremediable y bien alto. Cuando lo hacía en público, a veces hasta se sonrojaba... Y con un hipo, o con dos, no pasaba nada. El problema venía cuando Lyda hipaba tres veces seguidas. Con tres hipos seguidos, Lyda se convertía irremediabilmente en un monstruo feo y enorme, y perdía el control de su ser y su magia por un periodo de tiempo indeterminado... A Lyda le había ocurrido en pocas ocasiones, y siempre le aterraba la idea de que le volviese a pasar...

Se elevó desde su jardín, sin mirar cómo se empequeñecía su hogar. Los árboles retorcidos fueron quedando atrás, y voló remontando la ladera occidental del Gran Volcán. Aquella vista era impresionante. Aquél monte era el más alto de todo aquel mundo recóndito, y desde donde estaba, no alcanzaba a ver su cima, lugar donde habitaba un gran dragón, al que llamaban Mëryl, el Dorado. Toda la falda del volcán estaba cubierta por el manto verde oscuro del bosque, que descendía hasta perderse en las grandes llanuras que rodean el gran monte. Era precioso. Sobrevoló el banco

de nubes al ir rodeando el volcán, y el vuelo duró largo rato, y Lyda comenzó a sentirse cansada, pues la concentración para mantener el hechizo requería un gran esfuerzo. Fue descendiendo, divisando ya allá abajo el hogar de su amiga. La Bruja de los Sueños vivía en un manantial, en la falda norte del Gran Volcán. Allí donde brotaba el agua, de la misma roca, se había formado todo un pantano. Y entre la marisma, unas ruinas antiquísimas ocultaban a la bruja, entre columnas y capiteles de una era ya pasada. La señora del lugar, al que decían maldito, lo llamaba por el nombre de El Palacio de los Sueños.

Onírica, como su nombre, era una hechicera de la *Magia Onírica*. Era capaz de introducirse en los sueños de los mortales, de provocarlos y cambiarlos, de jugar con ellos a sus anchas. No era más, en realidad, que una vieja que vivía en aquellas ruinas, creyéndose señora del lugar. Ella misma se había recluido ahí, decía, por miedo a hacer daño a los demás. Al parecer, al dormir junto a ella, los sueños se volvían especialmente intensos, y tanto una imagen te podría encandilar y maravillar, como una pesadilla aterrar... Sólo vestía una túnica blanca y sucia, y tenía los cabellos largos y blancos. Su piel arrugada, en todo caso, transmitía una sensación de debilidad tal, que uno era incapaz de tratarla sin ternura. Lyda conocía a Onírica desde que era niña, no recordaba, si quiera, cuando la conoció, de lo diminuta que era, siempre la había considerado una segunda madre. Sobre todo desde que su madre se fue volviendo más huraña y desconfiada. No pasaron más de siete días sin que Lyda fuera a visitar a Onírica a sus

ruinas. Eran íntimas amigas. Ambas habían compartido el secreto de su magia, y habían aprendido mucho juntas. Onírica llegó a menudo a lograr transformar alguna cosa en otra, y Lyda hasta manipular sus propios sueños. Pero su mayor hallazgo había sido combinar ambas magias, la *Magia Mutable* con la *Magia Onírica*. Habían logrado, juntas, convertirse en el sueño de otra persona...

Las nubes bajas quedaron atrás cuando Lyda llegó al lugar. La hermosa águila aterrizó sobre un tronco caído, junto a una columna con miles de trazados élficos, bellísimos, pero ya gastados y en declive. Su cuerpo fue creciendo, y las plumas desapareciendo. Las alas adelgazaron hasta ser brazos, y sus garras se volvieron pies sobre el árbol caído. La preciosa chica de cabellos rojos miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Observó aquella ciénaga pero no había más que ruinas y árboles naciendo del agua transparente y limpia. Bajó al suelo de roca, metiendo los pies en la fría agua, y le dio un escalofrío. Caminó entre las columnas en pie y las derruidas, buscó a la anciana, pero no estaba por ningún lado. De pronto, vio algo que no encajaba. Aquellas ruinas estaban en completo deterioro, y desde hacía muchísimo tiempo. Lyda conocía bien el lugar, y sabía ya perfectamente cómo se disponía cada columna en pie y cada una caída. Y la que tenía delante, estaba eriguida la última vez que la vio, pero ya no. Casi desde la base, la gran columna permanecía en el suelo, hasta había partido un árbol con su peso. Lyda sintió mucha pena, pues aquella era preciosa, tenía esculpida en su lado meridional a una mujer elfa, muy hermosa aunque

deteriorada. La estatua de piedra estaba ahora rota, tirada en el suelo, y su rostro élfico completamente desfigurado. A Lyda le dio tanta pena, que se agachó, tomando los restos de roca que el agua no se había podido llevar, y cerrando los ojos los colocó sobre la figura destruida. Al abrirlos y quitar las manos el rostro de la elfa volvía a estar en su sitio, tan hermoso... Era una belleza especial que a Lyda siempre le había fascinado, sin saber bien por qué.

Entonces fue cuando, al levantar la cabeza, vio más allá, junto a otra columna que antes no estuvo derruida, a Onírca. La imagen le impactó tanto, que el hechizo se rompió, y en sus manos cayeron los fragmentos de roca, que fueron a parar al agua del manantial, desfigurando de nuevo el rostro de la elfa. El cuerpo de la anciana reposaba sin vida bajo la piedra, que debía haberla asfixiado hasta morir. Lyda casi saltó sobre el cuerpo de Onírca. Por un instante se convirtió en un gato de pelo rojizo, y tras el salto, ella estaba allí de nuevo, llorando. El cuerpo estaba completamente magullado, y su tez arrugada estaba cubierta de sangre. Sus pelos descansaban en el agua, grises y enmarañados. Lyda le tomó la cabeza, sacándola del agua, y vio la expresión de angustia en su rostro. Lloró como hacía mucho que no lloraba. Aquello era terrible. No podía imaginarse su vida sin la de Onírca. Permaneció así un largo periodo de tiempo, hasta que anocheció incluso, lamentando sin comprender sobre su pecho empapado. Aquello no podía ser. No podía ser. Onírca ya no estaba.

Cuando ya las estrellas se asomaban entre nubarrones, se decidió. Se incorporó, sin dejar de llorar, la miró por última vez, y se elevó en la forma de aquella águila rojiza. Y de entre los árboles retorcidos apareció volando su figura alada. Empezó un vuelo que le llevó de vuelta a la cara sur del Gran Volcán, y por allí donde pasó, sus lágrimas cayeron perdiéndose en el bosque virgen, hasta que arribó a la Mansión de la Baronesa de Lis, donde habitaba la Señora de la *Magia Mutable*.

La Señora de la Magia Mutable

La muchacha batió las manos llenas de dados tan fuerte como pudo, y cuando se detuvo, miró directamente a los ojos a la anciana que tenía delante. Aquellos ojos amarillos, profundos como el atardecer, te dejaban atontado si permanecías más de un segundo mirándolos. La bruja lo sabía, y bien que le sacaba partido. La chica abrió las manos sobre la mesa y el destino en la forma de una docena de dados cayeron sobre el tepate cubierto de inscripciones y coloridos exóticos. La chica, muy despacio, apartó las manos. Ya no dependía de ella. Su suerte estaba echada. Ahora sólo había que leerlo. En ese momento, la bruja, sentada justo en frente, en esa mesa redonda y pequeña, comenzó a contar como si le fuera la vida en ello. Ambas manos se movían de dado a dado, y sus dedos iban contando los valores de los dados al pasar por encima, mientras que, o así parecía, los iba anotando en la cabeza. A la chica le

pareció que pasó varias veces por cada dado. Había un dado de cuatro caras, tres dados de seis, un dado de ocho, un dado de diez, tres dados de doce lados, uno de veinte, uno de cien y uno que debía tener incluso más allá de cien caras, y que no tenía números, sino unas inscripciones incomprensibles. Cada dado era de un color diferente, y a la luz de la vela sobre la mesita la escena no parecía verosímil.

- Ciento treinta y dos.- Dijo la bruja escasos segundos después. La chica dudó si era cierto o si se había inventado la cifra, pues a ella le habría resultado imposible contar a tal velocidad.- Pero,- Se dispuso a añadir la bruja señalando el dado que no tenía números.- este dado indica que el valor debe dividirse por tres. Por lo tanto tu resultado es cuarenta y cuatro.- Para la chica, es como si la bruja hablara en otro idioma. Cuarenta y cuatro, pues cuarenta y cuatro. ¿Y eso qué significaba?- El doble cuatro indica valor. No significa que vayas a hacerlo, sólo que eres capaz. ¿Ves el dado de cuatro? En él obtuviste un tres, lo que le quita valor a tu doble cuatro. Pero en los de seis has sacado un cuatro, y dos doses, lo que podría indicar que vas a hacerlo.- La bruja hablaba a toda prisa, sin dejar que la chica razonara su comentarios, sin importarle demasiado. Movía ambas manos sobre el extraño tapete, dirigiéndose a los diferentes dados que iba nombrando, como si todo aquello tuviese un sentido que sólo ella pudiera ver, o que fuera una gran mentira, o que fuese la auténtica verdad del mundo.- En el de veinte, en cambio, ha sido un veinte, máxima puntuación. El dado de veinte es el de la fuerza. Así que si lo haces, es probable que te resulte.

Pero hay un problema. Has sacado tres seises. ¿Ves? En el dado de diez, y en dos de los de doce. Eso indica un posible fracaso. Si hubiera sido en tres dados iguales, los de doce o los de seis, yo te aconsejaría que no lo hicieras, pues las consecuencias podrían ser terribles, pero si ha sido en dos de los de doce y en el de diez... Es posible que no signifique nada, o que te vaya mal. En todo caso, el cincuenta y uno te indica que el azar no está de tu lado, pero tampoco en tu contra. Todo depende de tí. Yo te diría, como consejo personal, que lo hagas, pues sino la duda se acomodará en tí y jamás podrás resolverla. Y los dados te dan valor y fuerza, aunque no te aseguran el éxito.

La bruja se calló, como si aquel veredicto fuera definitivo e inapelable. El destino estaba leído. Pero la chica no había comprendido nada. Fue a hablar, pero la bruja endureció los ojos, *ni te atrevas*, le decían en ese amarillo profundo. Aun así, ella pagaba, ella preguntaba.

- Pero... ¿Si no tengo un destino sobre esta cuestión, cómo puedo resolver el asunto?- Ella lo único que quería saber era si podía ir a ver a un hombre, del que estaba enamorada, y si éste le invitaría a un paseo, o una cena. Pero la bruja no le estaba ayudando nada.

- ¡Sí tienes un destino!- Casi le gritó, escupiendo las palabras de su garganta arrugada.- Todos lo tenemos. Es sólo que el destino no es definitivo. Siempre puede cambiar. Todo depende de lo que tú decidas hacer. Los dados sólo son una herramienta para leerlo. ¿No esperarías una respuesta contundente sobre un futuro incierto, verdad? Eso sería absolutamente ridículo.

En ese momento llamaron a la puerta. La bruja, moviendo la mano, transformó la puerta en una cortina, y quien esperaba abrió un hueco con una mano, como si aquello fuera lo más normal del mundo. La chica de la mesa hasta se asustó.

- Baronesa, sé que no queréis molestias cuando estáis leyendo los dados, pero es vuestra hija, ha venido, y está llorando.

- Dile que me espere en su aposento. ¡Y no vuelvas a molestarme mientras leo los dados!- Y con otro gesto, la cortina se volvió en puerta cerrada. Hasta se escuchó el portazo.- ¿Quieres algo más, insolente niña? Ya he leído tu destino en los dados. Si quieres más, yo quiero más dinero.

- No...- Respondió ella acongojada.

- Bien pues, mi ama de llaves te llevará a la salida.

Ambas se levantaron y la anciana abrió la puerta para dejarla salir. Cuando la chica se hubo marchado, apagó la vela de un soplido y cerró la cámara con llave. Ni se despidieron, la chica se fue y no volverían a verse jamás.

La anciana, una amargada que vivía recluida en aquel caserón antiguo, se dirigió a lo que una vez fueron los aposentos de su hija. Recorrió algunos pasillos de la mansión, sin cruzarse a nadie. A esas horas de la noche ya todo el mundo dormía. Era una vieja reprimida, ya tras años sin cordura. Habitaba en aquel lugar, junto a muchos que junto a ella se habían atrevido a dirigirse. Unos decían que era una bruja despreciable, mientras

otros la consideraban su cuidadora. Muchos acudían a ella para que les enseñara, aquellos que creían tener el don. Pero la mayoría terminaba fallando las innumerables pruebas a las que los sometía, y terminaban aun peor que ella, torturados por sus propias mentes en un intento por dominar un poder de unos pocos. Ella los cuidaba, en su eterno delirio, ya estaban perdidos, y ella no los abandonaría. Vivía obsesionada con la idea de que algún día alguien vendría a enfrentarse con su destino, y acabaría con su vida. Alguna vez había dicho que sería el propio demonio, desde los avernos. Otras veces habló de poderosos hechiceros con ansias de poder... En todo caso, ella era, hasta esa misma noche, la Señora de la *Magia Mutable*. Nadie le quitaba eso. Aunque ella siempre había querido que la llamaran por su título nobiliario, Baronesa de Lis, robado de un marido abandonado muchos años atrás. Éste jamás la añoró, y ella lo sabía. Y sin evitarlo, su poder y su rencor le habían ido transformando en una anciana huraña, desaliñada, gorda y con el más profundo desapego a cualquier otra cosa más allá de los muros de su mansión. No alcanzaba el metro y medio, estaba jorobada y era muy gruesa de caderas. Su figura bien podría haber resultado de una obra de arte grotesca. Sus cabellos, entre un tono rubio y canoso, le caían enmarañados por la espalda y los pechos. Era fea como lo son todas las brujas de cuento, pero no porque naciera horrenda, sino porque el poder desmesurado tenía sus percances. Su rostro y toda su tez estaban tan arrugados como su alma.

Cuando llegó a la cámara, ya vacía salvo por la cama roída donde reposaba Lyda llorando, sintió una

punzada de dolor. Aquella emoción se asomó un ápice para después volver a su lugar, en lo más recóndito.

- ¿Qué ha ocurrido, hija?- Le preguntó al acercarse.

- Onírca... Madre, Onírca ha muerto.- Tenía la cara destrozada de llorar. Había derramado tantas lágrimas, que tenía los ojos hinchados y colorados.- Fui al Palacio de los Sueños, y la encontré allí, muerta.

La Baronesa se sentó en la cama junto a ella. Las dos se abrazaron en un impulso.- Sabía que esto iba a pasar.

Lyda se incorporó y la miró muy seria. Había dejado de llorar incluso.

- ¿Qué es lo que sabías, madre?

- Esto iba a llegar.- Recapacitó.- ¿Qué ha ocurrido?

- Encontré su cuerpo bajo una columna caída. No sé qué ocurrió en aquel lugar, pero alguien había acabado con su vida.

Su madre movió la cabeza.- No es la única, admitió. Alguien está detrás nuestro. Me llegó la voz de que Sanae, Gran Chamán de las tribus Chagna, Señora de la *Magia Nocturna*, fue asesinada unas noches atrás. Nadie vio nada. De noche, alguien llegó al poblado y acabó con su vida. Ytheen, la Dama de la *Magia Interior*, cayó antes. En su aldea dijeron haber visto al asesino, un acechante que se movía como el viento... Y éstas son sólo las que conocemos. Con Onírca van tres brujas muertas. Alguien está detrás nuestro.

- ¿Cazadores?- Preguntó Lyda.

- No... Ellos habrían llegado montando un buen escándalo. Y no habrían sabido llegar hasta aquí. Sus incursiones no alcanzan más que la costa más septentrional de Ülathar. No. Es alguien mucho más peligroso... Sígueme.- Y la anciana se levantó de la cama, yendo hacia el exterior de los aposentos. Lyda la siguió a lo largo de la mansión. Subieron a otro piso, hasta llegar a la biblioteca. Aun recordaba pasar largos ratos mirando esos libros, deseando que su madre le ayudara a entender. Aquella estancia siempre le hubo maravillado, tantos y tantos libros en un solo sitio, y rara vez pudo leer alguno.

En la biblioteca, la Baronesa fue encendiendo los candelabros hasta iluminar la estancia, y comenzó a pasear buscando algún libro. Paseó por las estanterías mientras acariciaba con los ojos cerrados los lomos de los libros. Mientras, Lyda la seguía envidiándola. Su madre tenía una capacidad que ella no había heredado. Era capaz de absorber el conocimiento de los libros con sólo tocarlos... Pasando sus arrugados dedos sobre los lomos de aquellos libros, podía conocer todo su contenido, sus secretos, todo lo que contaban. Y además, alcanzaba a saber la historia del propio libro, cuándo y por quién fue escrito y las manos por las que había pasado en su largo recorrer hasta ese preciso instante. Lyda jamás lo había conseguido, pero se consolaba con dominar la *Magia Mutable*, desde luego no tan bien como su madre.

La bruja, al detenerse junto a un gran libro, sus dedos lo saltaron, sin querer tocarlo. Entonces dio unos pasos más y se detuvo, habiendo rozado todos los siguientes.

- Lyda, ¿sabes por qué me marché lejos de tu padre?- Le preguntó al darse la vuelta, mirándola con aquellos ojos amarillos.

- Sí...

Pero a ella no pareció importarle y comenzó a narrar la historia.- Fueron tiempos duros.- Y estalló en una carcajada imprevista.- Los cazadores son despiadados. En nombre de sus dioses arden las brujas en el Viejo Mundo, pero aquí podemos refugiarnos. Mi vida a su lado no era lo que buscaba. No, no, no. Y en una de las travesías, cuando el Barón...- La bruja se quedó ensimismada, como pensando en algo lejano y agradable.- Me marché por que no podía serle fiel. Mientras él mataba y violaba por conquistar unas islas, a las que llaman Afortunadas, al norte de la Isla de Nóforo, yo me entregaba en cuerpo y alma a otro...- De nuevo estalló en otra carcajada, pero ésta se fue apagando hasta volverse en un rostro serio, o triste.- Te cuento esto porque llegará el día en que no pueda contártelo. ¿Has hablado alguna vez con el demonio?- Soltó de pronto, a lo que Lyda negó.- Fue en aquella época cuando yo lo conocí. Primero aquellas voces, tan resueltas y fascinantes... La *Goecia* es un don, hija, y si lo has heredado, lo descubrirás pronto... Él era directo, sabía lo que quería y lo perseguía. Una vez hasta lo vi, y me enamoré perdidamente de él...- Se encogió de hombros.- Pero él jamás me pudo tener. No me convenció, y no me tendrá jamás.

Muchas habían sido las ocasiones en que su madre le había dicho a Lyda que podía hablar con el demonio. Aquella historia la había oído cientos de veces,

y siempre le sonaba diferente. Entre las versiones, lo que había en común, eran el despecho y la huida de su padre cuando estaba embarazada de Lyda. Que mantenía conversaciones con el demonio no era nuevo, Lyda incluso había llegado a creerlo, pero que lo había visto era algo que jamás había dicho. Regresaron dos pasos, y la Baronesa fue a tomar un libro, cuando se detuvo.- Hija, quiero darte este libro.- Dijo en lugar de tocarlo.

Lyda fue a tomarlo, cuando se dio cuenta que era aquel grueso tomo que ella no quiso tocar antes. Era muy pesado, y guardaba polvo hasta apestar. Debía ser antiquísimo. Pesaba tanto, que no pudo evitar dejarlo en el suelo. Sus cubiertas eran de madera, forradas con algún cuero que ya estaba seco y se caía. Había un hermoso símbolo dibujado en su portada, sin acompañar a título alguno. Era un dibujo precioso encerrado en un círculo dorado, que en relieve formaba una extraña figura sin sentido. Lo abrió por una página cualquiera, y se asombró al encontrarlas escritas por completo. No había un hueco sin una palabra, no existían márgenes en las hojas, el pergamino había sido aprovechado en su totalidad, y entre palabras que parecían salirse de lo aglomeradas que estaban, había como ilustraciones de lunas que seguían el orden lógico de sus diferentes fases, completando infinitas lunaciones...

- Van buscando este manuscrito. Y aquí darán con él. Así que lo llevarás a buen recaudo. Lo guardarás como a tu vida. Y el día que él acuda a ti, sólo te pido que no te dejes seducir con sus artimañas, su voz gélida y romántica, y sus maneras de buen galante... Te lo advierto, puede llegar a ser muy insistente...

- ¿Qué es este libro, madre?- Sólo pudo preguntar ella, justo antes de soltar un gran hipo, que ambas ignoraron.

- No es un libro, Lyda. Es un *Lunariu*. Perteneció a tu abuela, y antes a la de ésta, pero ella no sé cómo lo consiguió... Lleva dando tumbos por este mundo muchísimo más tiempo del que tú o yo podamos concebir. Fue escrito por Ivette, Diosa del Destino, y ahora debes guardárselo tú.

Lyda no llegó a pronunciar el *qué*, o el *por qué*, o el *ya estás divagando otra vez, madre*.

- No es el único *Lunariu*, en algún lado debe haber otros cinco. Pero éstos no nos atañan. Son manuscritos que describen los miles y miles de ciclos lunares que han transcurrido, contando lo que iba a suceder en su transcurrir. En ellos se podía leer el futuro, lo que habría de ocurrir. Pero hemos llegado al final de sus profecías. El calendario lunar termina en pocos días. Sí ellos se hacen con el *Lunariu*, estamos perdidos.- Realmente estaba comenzando a divagar. Se rascó la nariz, en extremo afilada, y sonrió, a punto de volver a soltar otra carcajada imprevista, pero se contuvo y volvió a estar seria para hablar.- Cada uno de ellos guarda un secreto. Leyéndolo del revés se podría invocar al demonio...- Lyda sonrió, incrédula.- ¡No lo subestimes! Vendrán a buscarlo, y debes defenderlo con tu vida. No sé qué va a ocurrir cuando se acaben las lunaciones de su texto, pero seguirá en nuestras manos cuando ello ocurra. Prométemelo.

Lyda asintió, cerrando el libro.

- Prométeme además, que si hablas con él no lo escucharás. Hija, él es el príncipe de la Impotencia, y tú no eres valiente... No lo escuches.- Y terminó con pena en su rostro.

Lyda volvió a asentir. Las palabras de su madre eran tan firmes que estuvo segura que se creía profundamente aquel delirio insano.

- Yo te lo guardaré, madre...

- ¡No te equivoques!- Estalló de pronto llevándose las manos a la cabeza.- No me lo guardas a mí. Ahora es tuyo, te lo doy, ahora es tuyo. Ya no lo quiero más. Esto se acabó. Dile de mi parte que es un embustero.

Y con esas, la anciana se dirigió a apagar las velas de la biblioteca. Lyda trató de cargar con el pesado libro, y a duras penas lo consiguió. Para ello debió transformar sus femeninos brazos en fuertes y musculosos, y así lo portó fuera de la biblioteca.

Caminaron sin hablar hasta el recibidor de la Mansión de la Baronesa de Lis, pero Lyda se formuló millones de preguntas en la cabeza, sin nombrar ninguna por no decidirse en prioridad. Cuando fue a soltar la primera, su madre le cortó, despidiéndola ya en la puerta.

- No hay nada más que hablar por esta noche. Acude a tu hogar, hija, y esconde el *Lunariu* en el mejor sitio que encuentres. Defiéndelo bien, pues ahora es tu cometido.- Le dio un beso, y la dejó fuera.- Te lo advierto, puede llegar a ser muy insistente...- Repitió antes de cerrar la puerta y dejarla sola y a oscuras. Otra vez a oscuras...

Lyda quedó unos instantes en la puerta, perpleja. En todo caso, su madre era así. Era mejor no pedir explicaciones hasta que ella se sintiera a gusto explicándolas. Entonces, su cuerpo se transformó en una tremenda águila rojiza. Su espalda se ensanchó curvándose, y sus pies descalzos se volvieron pezuñas afiladas. Sus brazos dejaron caer el pesado *Lunariu* al suelo, mientras que se transformaban en unas alas de gran envergadura. Ya no era una chica hermosa y asustada en la oscuridad, ni un águila rojiza de las que sobrevuelan el volcán, sino un águila gigante de las que ya no quedaban, pues todas habían caído, carnada del Gran Dragón, Mëryl, el Dorado. Tomó el gran libro con sus garras, con cuidado de no dañarlo más, y emprendió un vuelo a través del fresco aire que le llevó de vuelta a su hogar...

El dragón nimio

Aquella tremenda águila sobrevoló la falda del volcán, con un pesado batir de sus alas en toda su envergadura. Su vuelo, de gran estilo, habría sido digno de aquellas águilas ancestrales, con las que el Dragón Dorado había acabado ya. Pero Lyda, en aquel momento, no podía sentir pena por ellas, ni por ninguna otra cosa terrenal que no fuese Onírica. No podía creer que su amiga ya no existiera. La vida y la muerte era algo tan relativo... Mientras volaba, con el fresco viento nocturno contra su rostro aguileño, reflexionó sobre lo débil que era la vida. No era más que un estado de equilibrio, que en cualquier momento se descompensaba, y dejaba de ser vida... Un día todos seríamos sólo carne, y después de eso, sólo tierra.

Los nubarrones no mostraron la luna menguante, pues Lyda no alcanzó la altura suficiente, por miedo a que apareciera el dragón, al que había visto de lejos en un

puñado de ocasiones... En aquellos casos, huir siempre le había parecido la mejor alternativa. En un rato llegó a su hogar, y aterrizando en su jardín, el cuerpo de aquella ave magnífica se tornó en el de la chica pelirroja y bonita que era. Tomó el pesado *Lunariu*, y lo llevó al interior de su hogar. Su madre era muchas cosas, pero incluso pudiendo ser aquello el delirio de una vieja de cordura abandonada, prefirió guardar el libro en su lugar secreto. Con el pie arrastró la alfombra que había en el centro del aposento, y la Flor de Lis en plata gastada se arrugó a los pies de la cama. Debajo, quedó una trampilla que daba al subsuelo.

La cámara subterránea había sido excavada mucho tiempo antes de que Lyda habitara el lugar. Por ella, por sus posibilidades, había elegido este lugar para vivir. Cuando encontró el lugar, no era más que una cabaña arruinada, con un jardín lleno de matorrales y árboles retorcidos. Un caserón diminuto que ya formaba parte del bosque, y en el que el rastro de la vida se había perdido hacía largo tiempo. Pero Lyda, con sumo esmero, reconstruyó el lugar, limpió el jardín, apuntaló la casita, la acondicionó por dentro y por fuera. Y desde luego, guardó en la cámara subterránea cuanto más valoraba en el mundo. Una vez bajó la escalinata, se encontró en el centro de la estancia rectangular. A un lado, una librería improvisada con unos escasos libros que le había robado a su madre, además de algunos ungüentos preparados por ella misma. Bajo una tela granate, una bola de cristal que no servía para nada, y justo encima, un puñado de barajas del tarot. Lyda no creía en esas tonterías del destino que su madre tanto predicaba. Nada estaba escrito, y si lo estaba, ya se iría encontrando las

palabras por el camino. Además, tenía una mesa baja, con almohadones en el suelo para sentarse, una escoba supuestamente mágica, que no necesitaba, un baúl con disfraces que en otra época bien le sirvieron, y que ya no empleaba, y la boca de un profundo pozo en el suelo, cubierto por una reja de metal.

Colocó el *Lunariu* en la estantería, y del peso, la balda estuvo a punto de quebrarse, por lo que decidió colocarlo justo en la de debajo, que estaba vacía. Aquel libro, ciertamente era impresionante. No puedo evitar abrirlo otra vez, ahí mismo sobre la balda a punto de romper. Las páginas al azar mostraron una escritura diminuta cubriendo por completo el lienzo. Iban acompañados de símbolos lunares, que parecían seguir el orden lógico de sus fases, como un calendario infinito. Era realmente escalofriante. Si su madre tenía razón, aquel libro guardaba el calendario de las lunaciones de miles de años... No podía ser. Fue a leer uno de los párrafos al azar, cuando se topó con una luna llena. Decía así:



**Triste y descarnada observará,
asomada al techo del mundo,
el pacto que acercará la Impotencia de los avernos.**

Lyda no poseía la habilidad de su madre de lograr el conocimiento escrito con el contacto, pero había aprendido de ésta un hechizo más que útil, fascinante. Podía transformar las palabras de otra lengua a la suya propia. Acariciando las letras que conformaban un significado incomprensible, al paso de sus dedos, se volvían a su lengua, y así podía leer cualquier cosa. De esta manera, entendió el texto, que le maravilló, intrigándola... ¿Qué querría decir? Pasó páginas, tan bruscamente que se asustó, temiendo romper el pergamino, hasta que llegó a la última lunación. La luna crecía en su cuarto creciente cuando terminaba el libro, con la siguiente inscripción:



**Llorarán las generaciones aun por venir.
Comienza la era de la Impotencia,
que de inmediato abandonará la tierra que por fin
pisa.**

Así terminaba el libro, sin más. Se estremeció, sin comprender nada. Y prefirió cerrarlo o aquella noche no dormiría, se conocía bien. Lo dejó en la estantería, y subió a los aposentos superiores. Encendió la vela con las yemas de sus dedos, y se acostó.

Tardaría mucho en dormirse esa noche. Aquellos pensamientos, ese libro maldito, las palabras de su madre

y la imagen de Oníríca en su palacio derruido se convirtieron en una pesadilla que duraría lo que quedaba de noche...

Al día siguiente, Lyda se levantó molesta. O por la mala noche, las pesadillas o por el recuerdo de su amiga, que no le habían dejado descansar. Por un momento, a pocas horas antes del amanecer, se despertó en su habitación iluminada por la vela, a punto de apagarse, y creyó escuchar una voz... Le pareció su nombre, pero se esforzó en ignorarla, se cubrió con la manta y se tranquilizó. Al cabo del tiempo volvió a dormirse. Lo pasó realmente mal. Al levantarse, sin pararse a desayunar, salió a su jardín y elevó el vuelo en la forma de un pajarillo rojizo. Necesitaba olvidar aquello, y pensó en dar un paseo por los cielos de Ûlathar. Su cuerpo menguó tanto que quedó del tamaño de un ave menuda, cubierta de un rojo precioso que contrastaba con el pico y las patas. Tomó altura, dejando debajo aquellos nubarrones, y voló hacia el este, ensimismada con el sol aun anaranjado en progresivo ascenso. Dejó el volcán a su siniestra, y remontó las altas montañas que se formaban ya en su media falda. Lo llamaban el Macizo de las Estatuas, y Lyda adoraba volar hacia allí. Era un gran grupo de montañas que crecían abruptas desde las llanuras que daban al mar, al este del continente de Ûlathar, hasta remontar la falda del Gran Volcán. Lo llamaban así porque no era difícil dar con alguna de las cientos de estatuas que por allí había desperdigadas. Lyda siempre se había preguntado por el origen de aquellas estatuas, imaginaba a una

civilización primitiva esculpiéndolas con esmero, soldados perennes que vigilarían la guarida del dragón, pues todas parecían dirigirse a la cima del volcán. Pero ello no era probable, pues las ropas, armas y otras pertenencias de aquellos guerreros de piedra eran, aunque diversas, no muy antiguas, al menos unas menos que otras... Su madre, que siempre aludía a la misma explicación para cualquier síntoma que el mundo daba de existir, creía que las estatuas eran obra de algún demonio aburrido... Pero Lyda prefería pensar en el arte de aquella civilización olvidada, que aunque improbable, era una idea menos amenazadora. Otra posibilidad era, como sabía que había ocurrido en otros lugares, que tras una dura erupción del Gran Volcán, los habitantes de aquellas tierras hubieran quedado cubiertos de una capa de ceniza tal, que sus cuerpos se hubieran tornado en piedra hasta el fin del tiempo... Pero aquella conclusión no parecía más plausible que el resto.

Aquella mañana Lyda voló persiguiendo al sol cuanto éste se dejó perseguir, pues pronto subió a una altura a la que la bruja no se veía capaz de volar. Cuando se cansó, descendió hasta un claro, junto a un arrollo que sonaba como una nana inmortal. En la orilla, adoptó su forma habitual, y se mojó la cara y sus cabellos pelirrojos como el fuego. Entonces, sintió las primeras gotas de una leve llovizna sobre el arrollo, después sobre la hierba y finalmente, sobre sí misma. Se sentía sola en aquel lugar, y sabía que lo estaba, aunque aquellas estatuas parecían figuras vivas, inmóviles en su coraza de piedra, demasiada pesada como para correr tras ella y asustarla. Adoraba aquel lugar. Caminó arrollo arriba, probando suerte por

si encontraba una. Anduvo un rato, sin salir de la vera del riachuelo, pero no halló ninguna, y entonces adoptó la forma de un gato con el pelamen el color del fuego, y corrió salvaje entre helechos y árboles retorcidos.

Al fin, encontró una estatua. Parecía un noble guerrero, y al rodearlo y mirarle el rostro, se dio cuenta de que se trataba de un elfo. Vestía ropas majestuosas, que de tela habrían sido livianas. Empuñaba un arco y una espada, y a su espalda, un carcaj vacío. En sus cabellos trenzados, había adornos que no podía reconocer. Eran obras tan detalladas que impresionaban. Muy hermosas. El gato rojo fue agrandando, y sus patas menudas se volvieron las piernas y brazos de Lyda. Sus bigotes se cayeron al suelo y desaparecieron entre la hierba, y su rostro felino se convirtió en su bonita cara. Se acarició la piel, quitándose algún pelo rojo, y se levantó maravillada con la estatua del elfo. Bajo la llovizna que caía, se puso justo delante, como si fuera a besarle, pero se detuvo, era tan guapo... Entonces fue a tocarle la cara helada, cuando recibió un golpe en el estomago que la derribó. Cayó al suelo rodando, y buscó lo que le había golpeado. No había nada, pero escuchó su voz.

- ¡No lo toques!- Era una voz estridente, como silbante. Lyda miró hacia ella y vio a una criatura muy extraña. Era como un dragón, pero de diminuto tamaño. No debía alcanzar el medio metro, y revoloteaba alrededor de la figura de piedra, mirándola y lanzando berridos afónicos. - ¡No lo toques!

- ¿Cómo? ¿Quién eres? ¿Qué eres?

El animal aterrizó sobre la espada del guerrero elfo, pero no plegó las alas, sino que las mantuvo alerta. Era de un color azul brillante, con un cuerno afilado en el hocico y minúsculos dientes punzantes. Un espinazo le recorría toda la espalda, desde el cuerno hasta la cola, y parecía fiero, a pesar de su tamaño. Lyda se arrastró hacia atrás, cuando la bestia habló.

- No toques a mi amo. Máchate por donde hayas aparecido, como gato o como niña, pero vete.- De sus fauces parecía exhalar algún gas en un tono verdoso, que trataba de escaparse de la lluvia.

- ¿Qué eres?

- ¿Qué soy? ¿No te han contado cuentos? Soy un dragón nimio. En estas tierras habita un dragón, ¿verdad? Nos conocerás, somos antiguos como el mundo, grandes guerreros, sabios, y nos comemos a niñas como tú...- Aquello sonó ridículo. No por comprarse con Mëryl, el Dorado, el Gran Dragón que habitaba el Gran Volcán, sino por la tamaña amenaza y su escasa talla.

- No eres un dragón. Eres muy pequeño.

- ¡Soy un dragón nimio! ¿Acaso no escuchas? Y te he dicho que te vayas de este lugar.

- ¿Qué es un dragón nimio?- Preguntó la bruja.

- Hay muchas razas de dragones, ¿creías que éramos todos inmensos y fieros como el que desafía estas tierras desde la boca del volcán?- Respondió.- Pero no por ello permitiré que dañes a mi amo.- Y soltó otro graznido desde la espada élfica.

- ¿Tu amo? Pero si es una estatua...- Le increpó Lyda.

El dragón no dijo nada. Parecía hasta ofendido. Saltó de la espada de piedra al arco del guerrero, para ganar altura, y ahora sí plegó las alas.

- Ahora lo es. Pero algún día dejará de serlo, y hasta entonces estaré yo aquí para cuidarlo.

- ¿A la estatua?

- ¡No es una estatua! Es mi amo...- Terminó el dragón en un tono más bajo.

Lyda hipó, y se llevó la mano a la boca, que estaba empapada de gotas de lluvia. Seguía tirada en el suelo, y se arrodilló.- Pero... ¿Cómo no ves que es de piedra?- Se levantó y caminó hacia él, y el dragón, para evitarla, echó a volar batiendo sus alas azules sobre la estatua. Lyda rozó entonces el rostro del elfo, y sintió la piedra fría y mojada.

- ¡Te digo que no lo toques! Ahora es estatua, pero una vez no lo fue. Y aun puede sentirte. No eres digna de tocarlo.

- ¿Me estás diciendo que está vivo?

- Mi amo vivió en los tiempos del Gran Rey Líamo, Primero de la Dinastía Lao, sirviéndole a su lado ya en las Guerras de la Sangre. Y vivirá por muchas generaciones insignificantes de los tuyos, hasta el fin de los tiempos.- Lyda se quedó mirándolo perpleja. ¿Quién sería ese Gran Rey Líamo? ¿Hasta el fin de los tiempos?- El nombre de mi amo es Quinos, guerrero de la Alta Estirpe de Quivarén, Señores de los Dragones, y vino aquí a domar al dragón dorado que vive en el volcán, cima del mundo. Yo lo acompañé desde mi nacimiento. Los más grandes elfos de Quivarén siempre viven en conjunción con un dragón. Y mi amo no fue menos. Lo

acompañaré hasta que la muerte alcance a uno de los dos. Mi nombre es Uhlig.- Y descendió de nuevo hasta la espada, quedando muy cerca de Lyda.

- ¿Y cómo llegó a convertirse en estatua?- Se preguntó la bruja en voz alta.

- Fue... Fue la bestia que habita en las almas mortales. El miedo sin razón, una bestia voraz que habita estos parajes... Fue terriblemente engañado, y ahora aguarda un nuevo despertar. Su cuerpo se volvió de piedra tras escuchar su voz... Hace ya un tiempo.- Lyda no supo qué decir. Aquello podría explicar el misterio de las estatuas.- Desde que vigilo su cuerpo de piedra, he escuchado la voz arrastrada con el viento, y luché por ignorarla. Estas montañas son peligrosas... No deberías estar aquí, vete.

- ¿Qué voz?- La chica estaba más que intrigada.

- Niña, ¿no has escuchado nunca esa voz en la oscuridad? Dicen que todos la oímos alguna vez, pero que unos pocos son elegidos por la voz, y que no dejan de oírla en la oscuridad...

Lyda se estremeció. Las palabras del dragón sonaron terroríficas, y la lluvia pareció arreciar. Dio un paso atrás, y buscó palabras para evadir la cuestión, pues aquello empezaba a dejar de gustarle.

- ¿Y cuándo dejará de ser una estatua tu amo?

- No lo sé... Pero el día que llegue ese momento, estaré aquí para acompañarle a domar a Mëryl, el Dorado.

Callaron un segundo solemne. La esperanza ciega era digna de reconocer.

- ¿Cuánto llevas por aquí?

- Mucho tiempo. He visto pasar ya algunos inviernos, y algunos veranos. Y he sabido de otros que, como mi amo, cayeron bajo el engaño de la voz... Allá arriba, tras ese saliente de roca, hay un montañés que no supo librarse de ella. Lo vi caer, como a mi amo, en este letargo infernal.

- ¿Otra estatua? Muéstramela.- Dijo Lyda exaltada.

Entonces el dragón nimio alzó el vuelo hacia una gran roca que sobresalía de los árboles, puntiaguda, señalando al cielo nuboso. Y Lyda, que no quería quedarse atrás, se concentró para convertirse en un pájaro y seguirle. Su cuerpo empapado empequeñeció y se curvó hasta adoptar la forma de un águila de plumas rojas, oscuras y empapadas. Voló tan rápido como pudo, siguiendo al dragón, que era muy veloz, y rodeó aquel peñasco. Allá abajo al otro lado, en su cara oriental, había otra estatua de piedra empapada.

Cuando ya volvió a ser ella, se maravilló con la imagen de aquel hombre. Era la figura de piedra de un guerrero atlético, vestido con un faldón, una capa cubriéndole la espalda y dejando el pecho al aire, y calzando unas botas. Tenía el pelo recogido con una cinta, y empuñaba dos espadas afiladas. Sobre la capa, a la espalda, además, llevaba un escudo. Y en su rostro, se apreciaba una expresión agresiva, que con la postura parecía mostrar el instante que un magnífico guerrero cargaba contra un enemigo imaginario. Lyda quedó prendada de aquella imagen al verla.

- ¿Me dices que él también está vivo?- Preguntó tras volver a convertirse en muchacha.

- Lo vi transformarse en piedra cuando se enfrentaba al dragón. Habría sido un duelo digno de ver, pero el poder de la voz fue mayor, más audaz y rápido, y el dragón se marchó sin poder cobrarse la víctima. El guerrero que lo había desafiado quedó así, como ahora lo ves.

Lyda se acercó a él, y vio las gotas que caían por su rostro de piedra gris, y con aquella expresión agresiva, le pareció que lloraba de impotencia... Si todo aquello era cierto, y aquel hombre había vivido alguna vez, tenía que encontrar la forma de convertirlo de nuevo en persona. Pero su magia no alcanzaría un poder semejante...

Miró al dragón azulado, y éste pensó si las gotas que le caían eran llanto o lluvia, en todo caso, acompañando a la estatua. Él también se apenó, pues comprendía aquella sensación. Lyda se arrodilló junto a la estatua, sin saber qué decir, y fue entonces cuando Uhlig, el dragón nimio, le contó la historia de Dristan McKeltar.

Historia de una estatua de piedra

Mucho tiempo atrás, contó el dragón nimio, llegó a estas tierras un pueblo nómada. Vivían del pastoreo, y al encontrarse en estos parajes, se vieron maravillados. Era una tierra casi inexplorada, muy lejos de donde ellos habían venido, y decidieron quedarse. Todas aquellas montañas, llamadas ahora el Macizo de las Estatuas, fue para ellos una oportunidad, una tierra virgen donde sus rebaños podrían pastar sin temor, y donde decidieron asentarse un tiempo. Su apego fue aún mayor cuando su líder, un hombre muy anciano, murió amando este bosque. Por él, por su deseo de formar allí un hogar, se quedaron. Provenían del Viejo Mundo, otro continente muy al norte de aquí. Habían vivido entre montañas siempre, sintiéndose seguros entre las cumbres, por lo que eran conocidos allá a donde habían ido como un clan de hombres de alta montaña, o sólo montañeses. Algunos decían que eran una raza

mestiza, entre enanos y hombres, aunque ni siquiera ellos lo creían.

Aquí vivieron hasta su fin, pues hace no mucho que se extinguió su cultura. Aquí descubrieron que las montañas, como el inmenso volcán, estaban habitadas por criaturas oscuras y peligrosas. El Dragón Dorado los atemorizó, pero no quisieron ya marcharse. Y desde entonces combatieron a los orcgluds, una raza de bestias que Lyda conocía bien, y a quienes evitaba. Eran unas criaturas de piel negra, del tamaño de un hombre, o incluso mayor, a pesar de caminar encorvados. Con la edad les crecían cuernos, en cualquier parte del cuerpo, y los ancianos a menudo no eran capaces ni de moverse por ello. Todos tenían el espinazo bien marcado, con pequeños de estos cuernos creciendo a lo largo de toda la espalda. Recordaban a los orcos, que también había por aquellas tierras, pero éstos eran peores, aseguró el dragón nimio. Vivían en túneles naturales del Gran Volcán, se alimentaban de raíces y de todas aquellas presas que lograban capturar. Adoraban a Mëryl, el Dorado, el cual los repudiaba y a menudo utilizaba. Lyda los había visto alguna vez, pero siempre había huido pues la atemorizaban. Los orcgluds no vestían ropa, salvo una máscara horrorosa que infundía un terror incomprensible al que los miraba... Su líder portaba además el Medallón del Dragón, hecho con una escama del mismísimo Mëryl, según se decía, de oro puro. A éste se le llamaba Umbduch, como al primer líder al que el dragón le dio el medallón. Desde entonces todos heredaban el amuleto y el nombre a modo de título. Llevaban allí muchísimo tiempo, tanto que ya se había olvidado su origen. Al

parecer lucharon en las Guerras del Desierto, contra los elfos que habitaron Nilith tanto tiempo atrás, una ciudad en ruinas en la costa oriental de Ülathar, no muy lejos de donde se encontraban. Ya quedaban muy pocos, pero los suficientes para suponer un peligro para los montañeses.

En sus últimos momentos, el clan decidió que para acabar con los orcgluds debían acabar con Mëryl, el Dragón Dorado que habitaba el Gran Volcán. Y fue Dristan McKeltar el elegido para tamaña empresa. Aquel hombre que Lyda tenía delante había venido hasta aquí a derrotar al dragón para salvar a su pueblo. Fue considerado un gran héroe, y ahora no era más que una estatua de piedra. Poco después de aquello, al no regresar Dristan, llegó el final de los montañeses. Los orcgluds acabaron con los que quedaban de ellos, otros huyeron y como consecuencia, su cultura ya se había perdido. Aquel pueblo ya no existía, y Dristan, en la forma de aquella estatua, era el único recuerdo que quedaba de ellos.

En su recorrer en busca del dragón, Dristan McKeltar había dado con la figura del elfo Quinos, amo del dragón nimio, y ambos habían hablado, justo antes de que Dristan se convirtiera en piedra. Según le contó a Lyda, el guerrero de las altas montañas dijo ya haber escuchado *la voz*, y que le había hecho *la promesa*. El dragón nimio le dijo entonces que ya estaba perdido, pero a Dristan no le importó, pues con su promesa se había asegurado la gloria, y el recuerdo...

Cuando se marchó, y se encontraba en el lugar donde estaban Lyda y el dragón nimio hablando, apareció

el Dragón Dorado, y se dispuso a combatirle. Pero justo en el momento en que se iban a enfrentar, Dristan se transformó en la estatua de piedra que era ahora...

Así había sido. Aquella era la historia de Dristan McKeltar. Uhlig dudaba si habría podido lograr su empresa, pues derrotar al gran dragón era un mérito digno de un gran guerrero, a pesar de que Dristan le había parecido muy valeroso y diestro. Pero, según se contaba, Mëryl, el Dragón Dorado, se había enfrentado a los dioses y había sobrevivido a su ira...

El sueño de la estatua

Lyda había permanecido callada, sentada sobre la hierba húmeda escuchando el relato del dragón nimio. En ese tiempo la lluvia fue amainando, hasta ser un leve chispeo, pero las nubes en lo alto no cambiaron su tonalidad gris. El bosque comenzó a desprender ese aroma a húmedo, mágico, que encandila a los soñadores... Cuando el relato dio a su fin, ella quedó bastante consternada. Todas aquellas estatuas habían sido personas... Ahora conocía el secreto de aquellas figuras, desperdigadas por aquellos parajes, aunque había algo que aun no terminaba por comprender. ¿Qué sería aquella voz que todos escuchaban antes de quedar convertidos en piedra? El dragón se apiadó de ella, pero nada podía hacer. Ojalá lo supiera él, le dijo, pues así podría liberar a su amo Quinos, el elfo de Quivarén. Pero ya estaba resignado a esperar, y ni Lyda ni él podían hacer nada... Al poco, viendo que ella sólo callaba,

decidió marcharse, dejándola frente a la estatua de Dristan McKeltar. Se despidieron y Lyda quedó sola, o así se sintió ella frente a la estatua.

Lyda quedó muy apenada con lo relatado por el dragón nimio. Pero saber que Dristan, como todas aquellas estatuas habían sido las víctimas de *la voz*, fuera lo que fuese aquello, le daba una esperanza. Había algo detrás de aquellas estatuas, alguna magia poderosa capaz de convertir la vida en la piedra. Lyda era una bruja de la *Magia Mutable*, y no terminaba por comprender aquel proceso. Su magia era reversible, pero un poder capaz de volver a alguien en estatua y dejarlo así por tan largo tiempo, debía ser un poder inmenso, o tratarse de una magia que ella no podía comprender, ni aspirar a albergar.

Estuvo largo rato frente a la estatua de Dristan McKeltar. Observó sus facciones, que mostraban la ferocidad del momento en que quedó congelado. En su rostro se apreciaba el valor que muestran los grandes guerreros que son capaces de enfrentarse al Gran Dragón. Lyda se imaginó la gesta que jamás llegó a suceder: Dristan batiéndose con Mëryl, el Dorado, en un intento por ahuyentar los peligros de aquellas tierras. El dragón desde el aire, lanzando zarpazos y bocanadas de vapor incandescente, y él parando y atacando, lanzando estocadas y al final derrotando a tamaña bestia. Habría sido épico, digno de las historias de los trovadores itinerantes que no recorrían esas tierras. Su cantar se escucharía en el mundo entero, no entendería de fronteras, ni políticas, ni geográficas, y su gloria sería tan

inmensa, que sería recordado por siempre... Y ahí entraba Lyda en su historia imaginada, ella sería su acompañante en su victoria. Pensando aquello, se dio cuenta de que sonreía, mientras miraba el cuerpo de piedra en posición de ataque. Se dio cuenta de que ya se había enganchado, de que ya jamás podría dejar de pensarlo, de que ya admiraba a ese hombre, o a la estatua de ese hombre, o al recuerdo que tenía de él, contado o imaginado... Ya todo eso no importaba. Tenía delante a Dristan McKeltar, y se había enamorado perdidamente de él. Eso ya no iba a cambiar jamás.

Se levantó, y se acercó a la estatua. Se acercó tanto que sintió como se invadían el espacio personal el uno al otro. Se le aceleró el pulso, creyendo que él podía sentir esa cercanía, ese momento. Pero dudó de que fuese así. Le rozó la cara, y sintió la piedra fría y empapada, y se acercó más, y más, hasta quedar frente a él. Sus ojos de piedra parecían mirar más allá, tras ella, a una fiera enorme y peligrosa, pero no le importó y se aproximó más. Entonces, sin besarle, abrazó aquella estatua con todas su fuerzas, pero ella no le devolvió el abrazo, sino que se limitó a permanecer en su posición de ataque, bien alerta, en la eterna espera de la bestia.

Entonces a Lyda se le ocurrió que había una forma de acercarse más aun a él. De cruzar esa frontera de piedra que los separaba, de encontrar el último ápice de consciencia que quedara en la estatua. Si aquella piedra albergaba alguna vida aun, ella la encontraría, y la cuidaría. Pensó en el hechizo que su amiga Onírca, la bruja de la *Magia Onírca* le enseñó. Juntas habían

logrado convertirse en el sueño de otra persona. Era algo muy complicado, y que jamás había logrado ella sola. Las dos, Onírica y Lyda, uniendo sus magias, habían logrado convertirse juntas en el sueño de otra persona, de manera que se introducían en él y lograban jugar con sus sueños. Pensó que si aún quedaba algo de Dristan en aquella estatua, ésa era la forma de encontrarlo, de comunicarse con él, de acercarse a él...

Lyda se concentró en recordar el hechizo. Sabía las palabras que Onírica decía, conocía su significado y sabía cuál era su parte en el conjuro. Pensó en Onírica, la pobre Onírica, ahí tendida bajo la columna caída de su Palacio de los Sueños... Pero luchó por mantenerse serena, por recordar sólo a Onírica y al hechizo. Abrazó a la estatua tan fuerte como pudo. Recitó las palabras de Onírica y las suyas, entrelazó cada vocal y cada letra para lograr recitarlas simultáneamente. Apretó con más fuerza la estatua. Vio la cara de Onírica. Se vio a sí misma volando hasta ese lugar. Vio la estatua desde el aire. Hizo más fuerza contra el cuerpo de piedra. Repitió las palabras, una y otra vez. Cada vez más rápido. Onírica. Dristan. El hechizo. La estatua. El dragón. *La voz*... Y entonces, como si todo un torbellino de ideas hubiera dejado de girar en su cabeza, sintió el olor de la magia flotar alrededor. Recordó el color que el aire tomaba cuando la *Magia Onírica* surtía efecto. Y ese violáceo nubló todo alrededor, hasta que Lyda no pudo ver nada. Sólo sentía la estatua contra sí. La piedra fría y húmeda. Y creyó sentir que le devolvía el abrazo...

Cuando volvió en sí, ya no estaba allí. Estaba en cualquier otro lugar, y no era Lyda, sino un hada diminuta y pelirroja, que revoloteaba danzando sobre un páramo verde, cubierto de un pasto reluciente. Se trataba de un hermoso valle entre montañas, por el que corría un riachuelo de aguas cristalinas. Éste descendía por un sendero natural como producto del deshielo, y se perdía hacia el sur. Aquellas montañas eran muy diferentes a cualquiera que hubiera visto Lyda en su vida. Hacia el noroeste, sobre las cimas más altas, parecía que el cielo se tornaba en atardecer repentino, mientras que hacia el sureste, el día lucía radiante, como en las primeras horas de la mañana. Aquél espectáculo fue digno de un bonito sueño, y Lyda se preguntó cómo alguien podía imaginar un atardecer a medio día, tras aquellas altísimas montañas... El azul brillante se iba anaranjando sobre las montañas al noroeste, para oscurecer por completo tras éstas... Era algo increíble, y precioso. No supo si era su imaginación la que componía el sueño, o si sería la de Dristan, tratando de evadirse de su eterno letargo... Entonces cayó en la cuenta de que Dristan estaba allá abajo, en el suelo, tomando el sol sobre el pasto, tumbado boca arriba.

No muy lejos pastaban unos animales de grandes proporciones, con manchas blancas y negras, y grandes cuernos en la cabeza. Y al otro lado del río, en la vertiente occidental, crecían miles y miles de flores rojas, que cubrían gran parte de la pradera. Más allá, las montañas volvían a nacer, elevándose hacia donde el día lucía azul y maravilloso. No había una sola nube. Un lugar idílico, digno de un bonito sueño.

Al acercarse Lyda, Dristan pareció reconocerla, y se incorporó, quedando sentado sobre la hierba. Por alguna razón que no puede escapar de los sueños, Dristan ahora tenía su mismo diminuto tamaño. Lyda observó sus facciones, ya relajadas. Tenía una melena rubia oscura, y una barba espesa del mismo color. Sonreía con naturalidad, como si se conocieran de toda la vida, como si entre ellos hubiera una complicidad que trascendiera al sueño, o que sólo existía en él, mientras durase. Vestía ropas livianas y estaba descalzo. Su cuerpo era musculoso y se veía fuerte y sano. Él la observó mientras descendía y se sentaba. Ella no se intimidó por la confianza prematura, y se dejó llevar, pues aquello era un sueño, y ella podía controlarlo con la *Magia Onírica* que conocía.

Al principio no dijeron nada, se quedaron sólo mirándose el uno al otro. Ella estaba fascinada. No sabía si era resultado del sueño, de la *Magia Onírica*, o aquello era un fiel reflejo de la realidad, pero Dristan era guapísimo. Entonces, como si algo dentro de ella quisiera romper el hielo, sin saber cómo, soltó un sonoro hipo, y Dristán se sobresaltó, para en seguida echarse a reír del susto. Ella se sonrojó, y le siguió con la risa.

- ¿Cómo estás Lyda?- Preguntó Dristan.

- Bien, ahora que estoy aquí contigo.- Por un segundo se calló.- ¿Dónde estamos? Este lugar es precioso.

- Estamos en las tierras donde moraban mis antepasados, o al menos así me las describieron a mí desde que era niño.- Contestó.

- Es un lugar bellissimo.

Él asintió.- Esto es un sueño, ¿verdad? -
Añadió, a lo que Lyda afirmó.- Porque hacía mucho tiempo que no tenía un sueño. Me siento ahora como liberado de un largo instante en que no podía ver, ni oír, ni sentir, ni obtener sensación alguna. Y sé que en cuanto te marches terminará, y volveré a sentirme sólo e infeliz.- En su rostro, a pesar de aquello, parecía dibujarse una expresión incrédula, como si no le importase.- Pero ahora me siento bien. Me encanta estar aquí contigo.

Lyda sonrió. A ella también le gustaba estar ahí con él. Tenía una sensación extraña, de estar con alguien completamente desconocido, pero del que conocía todos sus secretos y anhelos. Él se aproximó, no sabía si porque ella lo había deseado en el sueño, o si porque él era capaz de actuar a su libre albedrío. Jamás lo sabría, pero no le importó. Él se acercó tanto que por un instante permanecieron a escasa distancia, y ella nerviosa, lanzó un segundo y sonoro hipo... Él sonrió, pero ella se puso muy nerviosa. Deseó con todas sus fuerzas no volver a hipar, pues sería fatal, se convertiría en un monstruo horrendo. Pero lo peor de todo es que temió que se rompiera el hechizo. Mientras el sonreía y se aproximaba aun más, ella comenzó a temblar, deseando con todas sus fuerzas controlar el tercer hipo, y fue entonces cuando él la besó.

Fue un beso precioso. Lento como cuando dos desconocidos se exploran a fondo, y se dio cuenta de que ya no volvería a hipar, pues aquella sensación maravillosa le relajó hasta el punto que ambos se echaron sobre la hierba, sin dejar de besarse. Aquel momento se volvió, de

tierno al principio, hasta frenético al final. Se abrazaron, y se manosearon apasionados, a sabiendas de que nadie podría verles en aquel sueño imposible. Sus cuerpos se deseaban como si lo hubieran hecho toda su vida, y se recorrieron, explorando cada recoveco. Rodaron y ella se puso encima, después volvieron a rodar y quedó él sobre ella, y así unas cuantas veces más hasta que comenzaron a quitarse ropa. No se dijeron nada, ni pararon de besarse un segundo. Era algo que los dos deseaban y que se permitieron. Los dos sabían que aquello era un sueño, y como todo lo que es finito desde un principio, había que vivirlo de la forma más intensa posible.. Fue algo precioso. Lyda y Dristan hicieron el amor sobre la hierba, en aquel valle de ensueño, entre altas montañas tras las cuales anochecía a un lado, y al otro el sol lucía radiante. Y cuando terminaron, volvieron a hacerlo, y así hasta dos veces más y quedar exhaustos. Nadie los interrumpió en todo aquel tiempo, fue un momento para los dos, que terminó como empezó, con dos desconocidos en una intimidad que sólo podía existir en aquel sueño.

- ¿Volverás?- Dijo él, desnudo, junto a ella, mirando el anochecer repentino sobre las montañas.

Ella asintió firmemente.- Te lo prometo. Los sueños deben terminar, y aunque ahora me marche, volveré.

- Hazlo, por favor, porque ahora ya te necesito. Eres un respiro mientras me ahogo. La bocanada de aire que me llega cuando está a punto de terminar todo.

- Volveré tantas veces como me sea posible. Y trataré de buscar el modo de liberarte.

- No debes tratar de liberarme. Estoy aquí porque fui incapaz de resistirme a *la voz*. No me gustaría que ella se apoderase también de ti... Porque entonces ya no podrías volver, y entonces todo terminaría para mí.

- Bueno, sólo has de esperarme. Siempre volveré. Siempre estaré aquí para ti.

Los dos asintieron. Se tomaron de las manos, y supieron que aquel momento terminaba. Lyda sintió con fuerza el torbellino del regreso. El aire alrededor de ellos se tornó violáceo, y su olor se hizo tan intenso que comenzaron a adormilarse. Se apretaron con fuerza, se abrazaron se besaron, pero la magia ya había comenzado a girar, y todo se fue desvaneciendo...

Cuando Lyda se despertó estaba tumbada junto a la estatua. Ya había anochecido y la luna se asomaba entre las nubes, luciendo un cuarto creciente perfecto. Ella se sintió entonces muy sola, cansada y desorientada. Observó la estatua de Dristan y pensó que aquello realmente no había sucedido, y que jamás sucedería, y se apenó mucho. Pero se consoló pensando que al menos había soñado que lo conocía, que se enamoraban, y que hacían el amor... Era suficiente, incluso sin estar segura del todo si a Dristan le habría llegado el sueño, o si todo habría sido simplemente su propia ensoñación, y él permanecía en su letargo infinito...

Con la duda, se levantó, le rozó la mejilla de piedra, y se dispuso a regresar a su hogar. Su cuerpo se elevó en la forma de aquella hermosa ave, y cruzó los cielos nublados de camino a su hogar.

La advertencia del extraño hombre

Lyda se encontraba en su jardín, junto al largo tallo de una esterlizia. Saboreó su aroma, y observó sus pétalos anaranjados y violáceos, pensando en todo lo que le había sucedido. Tenía motivos para estar triste, y otros para brincar de alegría. Era una sensación extraña. Por un lado, le apenaba la idea de no volver a Onírca, jamás... Sentía un miedo espantoso por las palabras de su madre, a cerca de que alguien estaba detrás de aquellas muertes: Onírca, Sanae, Ythin... Alguien perseguía a las brujas. Pero por otro lado, el día anterior le había ocurrido algo inesperado que le había llenado de de felicidad y optimismo. Ahora tenía una meta. Aquel momento con Dristan había sido mágico.

Rozo la esterlizia son los dedos, y se maravilló con semejanza de la flor con un ave tropical. Era bellísima, probablemente, su flor preferida. Fue entonces cuando llamó su atención más allá, en el segundo

plano de la imagen. Al otro lado de la verja que separaba su jardín del resto del mundo, en medio del espeso bosque de laurisilvas, le sorprendió una extraña silueta acercándose. Parecía un hombre muy alto, con un sombrero de copa muy largo, de cuya cima sobresalía un pincho. Vestía una túnica negra, que bien podría haber sido una manta haciendo los usos de prenda, y caminaba tambaleándose, parecía que fuera a perder el equilibrio en cualquier momento, y a despeñarse camino a bajo. Venía directamente hacia su casa, y Lyda, rápidamente, se transformó en arbusto de moras rojas, y lució jugosa mirando venir al extraño hombre. Éste se acercó, y sin ver a Lyda, se apoyó en una de las lanzas metálicas de verja, y lanzó un fuerte suspiro que resonó varias veces. Entonces dijo algo para sí, como refunfuñando. Parecía muy cansado, como si hubiera llegado corriendo. Su rostro, ahora que podía verlo de cerca, era de un anciano muy grueso, con una barba rizada y larga, de un color gris oscuro y canoso, que le caía por la túnica. Su cuerpo, extremadamente alto y esbelto en comparación con su rostro, parecía deforme, pues del pecho larguirucho le surgía una protuberancia, que hasta por un momento pareció moverse. Y de sus hombros, muy altos para tan corto cuello, salían unos brazos cortos y rechonchos. La túnica le dejaba al descubierto unas gruesas botas, de buena calidad, aunque muy gastadas, como propias de un caminante itinerante. El hombre se reafirmó el sombrero con una manita rechoncha y peluda, tosió, y se dirigió tambaleando a la puerta de la casa de Lyda. Cuando los perdió de vista, la bonita chica adoptó su forma original, y

acudió al interior de su vivienda. Una vez allí, escuchó un golpe seco en la puerta, y el silencio de la espera.

Dudó si abrir, o si dejarle creer que no había nadie. Pero, es que ¿y si necesitaba ayuda? ¿Quién sería ese extraño personaje que había caminado sólo por el bosque hasta dar con su casa? La curiosidad le pudo. Entonces, Lyda se convirtió en un fornido hombre, con una espada al cinto y fuertes músculos en los brazos, bigote y barba pelirrojas, y carisma en la mirada. Sonrió para sí, y abrió la puerta confiada, haciendo tintinear las campanitas del móvil que colgaba en el umbral.

Ante su puerta encontró a aquel extraño personaje, que pareció sorprenderse del fornido guerrero. A Lyda le llamó la atención su altura extrema. Podría fácilmente alcanzar el tercer metro...

- Buenos días, señor.- Dijo con acento lejano el extraño hombre entre la barba canosa.- No queríamos ofenderle, pero teníamos entendido que por estos parajes podríamos encontrar a una bruja.- A Lyda le sorprendió sobremanera aquello, tanto, que pasó por alto el plural de su primera persona.- Una bruja capaz de dominar la *Magia Mutable*.- Terminó, tratando de simular una sonrisa amistosa. A ella le pareció que su tono, bajo ese acento lejano, ocultaba algo, como si estuviera sobreactuando.

- Aquí no vive ninguna bruja.- Contestó Lyda tratando de no parecer insolente.- Esta es mi casa. En ella vivo con mi esposa. ¿Qué lleva a un anciano a vagabundear por un bosque como éste buscando una bruja? No te has presentado, lo cual demuestra una falta

de educación que no invita a la hospitalidad, si es lo que buscas tras el camino.

- Nuestro nombre...- Y dio un respingo, como cuando alguien te da una patada por debajo de la mesa, o un pellizco sorpresa, y te sobresaltas, pero se compuso.- Mi nombre es Minior, y venía buscando a la bruja. Si me indicaron mal, o si me he equivocado, agradecería la amabilidad de un descanso y agua.

- Ahora puedes pasar Minior. Sé bienvenido a mi casa.- Dijo Lyda sonriente, abriendo la puerta para darle paso. Éste, al entrar, tuvo que encorvarse, de tan alto que era, y además, se quitó ese sombrero alargado, dejando así una calva considerable al aire.- Puedes tomar asiento. Sólo tengo una silla, pero no importa, yo me sentaré en la cama.- Añadió Lyda mientras servía agua en un tazón de barro.

- Estamos bien de pie, gracias.- Aunque tan rápido como había contestado, cambio de parecer.- Quiero decir, que mejor nos sentamos... Llevamos tanto tiempo caminando, que nos vendría bien el descanso.- Trató de sonreír, como excusándose por el cambio de parecer, como si a Lyda le hubiera importado... Y al tratar de sentarse, hizo un ejercicio de equilibrio sin igual. Se dobló primero a la altura del pecho, después donde realmente debía tener la cadera, para al final sentarse sobre sus propias piernas, como si sus posaderas estuvieran a unos escasos palmos del suelo. Aquel esfuerzo le costó tanto al extraño hombre, que al final, cuando ya parecía haber conseguido sentarse, terminó perdiendo el equilibrio y cayó al suelo. Lyda reaccionó inmediatamente para ayudarle, pero no le dio tiempo, y el

viejo terminó en el suelo... ¡Cuál fue la sorpresa de Lyda al descubrir que el viejo no era un único personaje, sino tres ocultos bajo la túnica! Al caer, rodaron por el suelo tres enanos. El que hacía las veces de cabeza del viejo, y que Lyda ya conocía, cayó a sus pies. Junto a este, otro enano que había actuado de tronco del viejo, y sobre la silla, aferrado y cubierto por completo con la manta que habían usado de túnica, quedó un tercero.

Todos quedaron en silencio, tras la evidencia del engaño. En la cara de los dos enanos, se dibujaba una mueca de absoluta vergüenza y miedo por la represalia del hombre fornido en que Lyda estaba convertida. Pero cuando pensaban que éste estallaría en una feroz vorágine que los arrastraría fuera de su casa, Lyda comenzó a reírse a carcajada limpia. En ese momento lo había comprendido todo: el por qué de esos movimientos tan forzados, las deformidades de un cuerpo tan extraño, su altura exagerada, los respingos del viejo, y aun más... creyó intuir por qué andaban buscando una bruja de la *Magia Mutable*.

Se trataba de tres enanos, de una raza que Lyda no había visto nunca. Tenían la tez muy oscura. Eran casi calvos, y con barbas muy largas, rizadas, también de un tono oscuro. Eran muy viejos, pero rechonchos. Parecían haber estado trabajando toda su vida, y por ello poseían músculos robustos. No debían medir más de un metro cada uno, y a Lyda le llamó la atención la claridad de sus ojos: eran de un azul celeste que casi hasta brillaba.

- ¿Pero quiénes sois? - Preguntó ella entre risas.

- ¿Lo ves, Travir, era mejor no sentarse? - Rechistó el enano que había actuado de cabeza del hombre.

- ¡Si hubieras cargado con dos como tú durante todo este rato, tú también habrías necesitado sentarte, Minior! - Dijo el que estaba en la silla mientras se revolvió por quitarse la manta de encima. Minior soltó un suspiro, y vio al que aun callaba, que no hacía más que mirar boquiabierto al hombre fornido. - Señor, disculpa que hayamos venido a tu casa, en busca de la bruja que cambia las cosas, pero es que no sabíamos a dónde acudir, y nos dijeron que vivía por esta región...

- Espera, decidme, ¿quiénes sois y para qué buscáis a la bruja? - Dijo el hombre fornido asertivamente, tratando de no parecer brusco para no asustarlos más.

- Mi nombre es Minior, en eso no te engañé. Él es Antälör, - señaló al que aun no había hablado. - y el que se cubre con la manta es Travir.

- No me cubro con ella. ¡Trato de quitármela de encima! - Inquirió justo antes de asomar la cabeza. Era el más feo de los tres, sin duda el más gruñón. Éste estaba completamente calvo, y su barba era más corta que la de los otros dos, la poca que había crecido era gris y vieja. Tenía la cara muy arrugada, pero a pesar de lo anciano que parecía, era el más robusto de los tres enanos. Al asomarse, absorbió una buena bocanada de aire. - Me estaba ahogando. - Admitió.

- ¿Pensáis que la bruja podrá convertiros en un sólo hombre? ¿Eso buscáis? - Dijo Lyda.

- ¿Conoces a la bruja? - Minior recapacitó.- No. Nuestra intención es hallar un disfraz que nos permita huir de nuestro amo. Y ella tal vez pueda ayudarnos.

Lyda calló un momento, pensando.- Tal vez pueda ayudaros.- Asintió, y sonrió.- ¿Pero a cambio de qué, pensáis que la bruja querrá ayudaros?

- No sabemos qué ofrecer, salvo desesperación y lástima.- Inquirió Minior.

- Entonces tendréis que convencerla.- Y se rió.- Y a veces es difícil de convencer...

- ¿Nos dirás cómo encontrarla? - Saltó el enano barbudo.- ¿Nos ayudarás a convencerla?

El fornido hombre pelirrojo rio entonces con una larga carcajada. Hasta que terminó sonriendo ante la cara perpleja de los tres enanos.- Ya la habéis encontrado. Tenéis ante vosotros a la bruja que buscáis. Y no, no os ayudaré a convencerme.- Quedó tan sonriente el hombre.

- Eres tú... ¿La bruja que cambia las cosas? - La voz de Minior sonó hasta perderse, fueron palabras escapando del pensamiento.

Lyda asintió.- Como vosotros, yo también me oculto bajo un disfraz. En los días que corren, la precaución siempre es buena ventaja.- Se encogió de hombros.- ¿Pero decidme, cuán malo ha sido con vosotros vuestro amo para que queráis huir de él?

- ¡No castiga! - Dijo de pronto Antälör, el que aun no había hablado. Su voz era más aguda que la de los otros dos enanos, se le veía más triste.- Nos maltrata...- Terminó.

- Nos hace ir cargando con él a cuestas. ¡A todos lados!- Dijo de seguido Travir, aun desde la silla.- Donde quiera que vaya el viejo, tenemos que ir cargando con su asqueroso cuerpo.

Minior no dijo nada al principio, y cuando comenzó a ver la cara de Lyda cambiar, entonces habló.- Necesitamos que nos ayudes a encontrar un disfraz, para escapar de ese hombre, que nos tiene presos desde hace años. Nos obliga a llevar a cabo trabajos forzados. Vivimos encadenados a su carruaje, en el que vive, y somos los que cargamos con él. Ahora hemos escapado.

- Se montó una buena...- Interrumpió Travir a Minior riéndose.

Éste asintió, mirándolo.- En cuanto nos libramos de los grilletes vinimos a buscarte.- Dijo tajante.

- ¿Por qué a mí?- Respondió Lyda.

- Porque eres una bruja de la *Magia Mutable*.- Dijo ahora Antälör con su voz aguda.- Hemos venido hasta aquí buscándote. Él sabe que estás aquí, también te necesita.- Calló un segundo.- Eso podemos darte a cambio de tu favor: la advertencia. Huye, como nosotros huimos de él, pues si te encuentra, conseguirá de ti lo que necesita.

- Pero, ¿quién es vuestro amo? ¿Quién podría ser así?- Lyda se emocionó tanto, que casi pierde la concentración del hechizo, pero logró mantenerlo.

- Su nombre es Murtagh, aunque lo llaman el Señor Caracol.- Le contestó Minior.- Es un viejo arruinado, vil y cruel, que ha encontrado la manera de preservar su vida. Ni siquiera nosotros sabemos cuántos años puede tener. Vive de vagar de aquí a allá, y nosotros

cargando con él y su casa. Se alimenta del miedo, y aspira a destruir el mundo...

- Maldito degenerado...- Soltó Travir.

- ¿No sabéis su edad?- Preguntó intrigada Lyda.- ¿Cómo lo hace? ¿Conocéis su secreto, cómo salvarse de la muerte?

Los tres se miraron.- No exactamente. Y no te gustaría averiguarlo, créenos.- Le dijo Minior.

- Sorpréndeme.

- De verdad que no lo sabemos. Después de ver su cuerpo, y no hemos querido saberlo. Él es un escuálido cuerpo, inerte, inmóvil. Por ello siempre en su carromato, pero su mente sigue lúcida, y sólo desea el mal. Vive sin poder separarse de esos frascos repugnantes, en los que guarda sus órganos. Ahí es donde los mantiene vivos... Es asqueroso.

- Debe serlo.- Terminó Lyda.- Está bien, os ayudaré a escapar de él, por supuesto. Decidme, ¿en qué os gustaría transformaros?

Ellos sonrieron, al fin, y arrugando sus rostros viejos y cansados, se miraron pensando.

- Antes de decidirlo, sabed que la *Magia Mutable* es peligrosa, y tiene sus consecuencias. Debería ser un conjuro sencillo, o correríais el riesgo de quedar así para siempre... Bueno, siempre existe ese riesgo, creo.- Y se encogió de hombros el hombre fornido.- El conjuro duraría hasta esta medianoche.

- A medianoche estaremos tan lejos, que ese viejo amargado no dará con nuestras formas originales. Te lo agradecemos.

- Siempre quise ser un elefante.- Dijo Trávir casi para sí, interrumpiendo otra vez a Minior.

- No. La idea del elefante es tentadora, estoy segura,- Dijo el hombre.- pero si vuestra intención es provocar violencia con su fuerza, no puedo permitirlos. Os ayudaré, pero sólo a huir de él.

- Aves.- Dijo seco Antálor.- Conviértenos en aves hasta la medianoche y podremos huir para siempre.

- Aves... Sí, me gusta la idea. Creo que sería posible... Venid conmigo.

Lyda dirigió a los tres enanos a su jardín. Allí les explicó lo que significaba mutar la forma, les habló de los riesgos y de las consecuencias. Pero ellos dijeron temer tanto al Señor Caracol, que correrían el riesgo. Entonces Lyda, tras ofrecerles un vaso de agua de su fuente, se despidió de ellos. Les advirtió por última vez que el hechizo duraría hasta la medianoche, y comenzó a concentrarse. Ellos le hablaron durante unos minutos, pero ella ya no les escuchaba, hasta que empezaron a sentir la *Magia Mutable*... Su garganta se mudó. Y sintieron sus labios, nariz y barbilla convertirse en un tremendo pico amarillento. Sus barbas menguaron hasta ser un bello que brotó de nuevo, en un tono marrón, que se convirtió en vigoroso plumaje. Sus piernas se arrugaron, hasta agarrotarse quedando unas patas con pezuñas. Y sus brazos crecieron y crecieron, mutando en unas alas enormes. Y cuando los cuerpos de los tres enanos eran tres águilas, echaron a volar hacia el horizonte más lejano.

Entonces, viendo marchar a las tres preciosas águilas, Lyda fue cambiando poco a poco. Estaba realmente agotada y necesitaba regresar a su cuerpo original. La espada del fornido hombre fue menguando, a la par que sus ropas, que se fueron fundiendo en una sola prenda, a modo de camisón. Su pelo, corto y rojo, no perdió el vivo color, pero se alargó hasta volver a ser la melena pelirroja que llevaba Lyda. Su bigote y barba desaparecieron, y su rostro volvió a ser tan hermoso y femenino como siempre, dibujando esa sonrisa que la caracterizaba.

Aquella noche Lyda no podría dormir, con la imagen del Señor Caracol descrita por sus esclavos enanos. Ya le quedó fijada a modo de imagen mental...

Sebah, el Duende de Epoxi

Al otro lado de la verja del jardín de Lyda, junto a una laurisilva que le daba sombra los atardeceres de verano, crecía una buganvilla. Estaba cubierta de flores de un rosa fuxia, y era muy muy hermosa. A Lyda le gustaba pasear por ahí. Se acercaba, y pasaba rozando la palma de su mano abierta con las incontables flores. A menudo se había sentido tentada a arrancar alguna de aquellas flores, pero le daba tanta pena, que jamás se había atrevido.

Aquella mañana, Lyda salió a dar uno de esos paseos. Fue recogiendo algunas flores por su camino. A pesar de que no había hecho unos días demasiado buenos, el campo estaba cubierto de pasto, musgo y florecillas silvestres. Las tenía ya de todos los colores. Cuando llegó ante la rebotante buganvilla, cayó en la cuenta de que no llevaba ninguna de color rosa, y pensó que si se llevase una aquel día, como única excepción, sería la más bonita

del ramo. Llegó ante la buganvilla y extendió la mano, pero en el momento en que acarició la florecilla fuxia, algo se movió tras la planta. Lyda se asustó tanto, que no pudo ni moverse. Debía haber algo ahí dentro, junto a la verja de su jardín. Entonces, al pensarlo, dio un paso atrás, cuando la planta se agitó de nuevo. En principio pensó que se trataría de Assissa, la gata que vivía en los alrededores, pero después supo que no, pues creyó ver algo: una criatura blanca corriendo por el suelo, hasta colarse entre las lanzas metálicas que separaban el bosque de su jardín.

Aquello, fuese lo que fuese, se había colado en su casa. Corrió hacia su puerta, bajo los dos árboles, y entró. Dejó el ramo de flores silvestres sobre la cama, y se dirigió directamente al jardín. En el umbral se detuvo, corrió la cortina, y observó si algo se movía. Y entonces, por el rabillo del ojo, vio algo corriendo por su pasto hasta la fuente del centro. Debía haberse detenido tras ella. Lyda avanzó despacio, calculando. Si era un animal pequeño, no le asustaba, no tendría más de palmo y medio. Y si era alguna otra de las criaturas del bosque, el hallazgo le parecía más que interesante. Se acercó a la fuente, que consistía en una columna grisácea y fría que alzaba una gran pila, llena de un agua verdosa en la que vivían unos nenúfares. Y cuando estaba a un paso, lo vio claramente. Era un duende larguirucho y de brazos cortos, vistiendo unos harapos como si se disfrazara de momia, que corría huyendo de ella. Se movía muy rápidamente en un danzar ridículo, moviendo la cabeza de un lado a otro. Iba descalzó, pisoteando las tiras de su

harapos, directo a la verja y la huida, cuando Lyda le gritó.

- ¡Detente. No te haré nada!

La criatura, acelerando por miedo al grito, no calculó entre lanza y lanza de la verja, y se chocó dándose un coscorrón en la cabeza. Cayó al pasto, llevándose sus manazas a la nariz. Lyda corrió hasta él, que intentó escabullirse, pero ésta le dio alcance al vuelo, pues ya estaba saltando.- Te tengo.- Gritó ella sonriendo.

- No sé nada. No te diré nada.- Se quejó la criatura entre intentos por escapar de sus manos. Pero ella no le soltó.

- Tranquilo. No te haré nada. Sólo quiero hablar contigo.

- Ya. Claro, como él, ¿verdad? Él también quería hablar... Y mira, me tiré encerrado en su jaula tantos años...- Y se puso a llorar. Dejó de forcejear por escapar, y se llevó las manos a la cara. Le cayeron lágrimas como si fueran ríos caudalosos, Lyda hasta se asustó y lo soltó. Y la pequeña criatura quedó sentada dándole la espalda. Pasó ahí unos minutos, hasta que se formó un charco alrededor suyo, y cuando sus ropas de momia estaban ya empapadas, de pronto se cayó. Se giró de un salto, aun sentado, y quedó con las piernas cruzadas frente a Lyda.

- Por cierto, ¿en qué año estamos?- Le dijo mirándola fijamente.

- ¿Qué?- Respondió Lyda.

- Sí, el año. Vamos, dímelo.- Calló un momento, y al no hallar respuesta alguna de la incrédula chica, continuó.- Bueno, me has gustado. Creo en ti. No

tienes ni idea de lo que soy, así que puedo confiar en ti. Dime, ¿en qué año estamos?

- Mil ciento setenta y ocho, creo. Nunca me he preocupado demasiado de ello.- Lyda se encogió de hombros.

- ¡Doce años! ¡Me ha tenido encerrado en esa asquerosa jaula doce años!- Y volvió a estallar en lágrimas como ríos.

Lyda lo observó en silencio un rato, mientras él lloraba, hasta que no pudo evitar preguntar.- ¿Qué cosa eres?

La criatura dejó de llorar al instante, y levantó la cabeza mirándola fijamente. Carecía por completo de frente y tenía unos ojos naranjas prominentes, bajo los cuales descansaban unas tremendas bolsas. De entre ellas, nacía una nariz enorme, que le tapaba los enormes mofletes. Tenía una mata de pelos blancos a modo de barba que le salían por el cuello del disfraz de momia, y se cubría la cabeza con un trapo. Las orejas puntiagudas le crecían por dos orificios del trapo blanco, perpendiculares a la cabeza.

- ¿De verdad, no sabes lo que soy?

- No.- Respondió Lyda encogiéndose de hombros.

- Mejor. Porque yo sí sé lo que eres tú. Eres una bruja. Y una bruja con alguien como yo puede hacer cosas muy malas. Podrías utilizarme para fines macabros, y yo acabaría así para siempre.

- ¿Qué?

- Eres realmente ignorante, ¿verdad? Soy un duende de epoxi.- Y bajó la cabeza, como dejando clara su posición en la conversación. Pero ante la cara perpleja

de Lyda, el duende continuó, fastidiado.- Somos un pueblo muy antiguo, ¿sabes? Nacimos con el Mundo, y desde hace tiempo que nos asentamos en estas tierras. Yo llevo encerrado en la jaula mucho tiempo, y todo por lo que soy...

- ¿Y por qué estuviste en esa jaula tantísimo tiempo?

Él quedó callado, pensando como contarle sin revelar su secreto.- Hay muchos tipos de duendes de epoxi, todos tenemos un papel en cada vida. Unos son duendes soñadores, y provocan los sueños más bonitos en los que duermen; otros son creadores, e inspiran a los artistas para crear sus más bellas obras; algunos son capaces de hacer surgir el amor más profundo y duradero, uniendo las dos almas más dispares en dos amantes; o los curanderos, que hacen sanar al más grave de los enfermos... Siempre rondamos por ahí, escondidos, tratando de llevar a cabo ese papel que tenemos en la vida. Siempre es uno y es nuestra razón de vivir.- Lyda asintió, creyendo comprender.- Cuando un duende de epoxi alcanza su meta, cumpliendo su papel, muere, y entonces renace otro duende en alguna parte. Es cuando comienza su nueva vida, con otro papel que seguir. Y por eso estaba yo ahí, en la jaula, por mi papel. Porque él quería hacer conmigo algo horrible, que no ha conseguido.- Y sonrió, aliviado. Hasta suspiró.- Y es que yo soy muy importante, ¿sabes? Mi papel en esta vida es hacer grandes cosas.- Ella iba a preguntar, pero él no le hizo caso y continuó elevando el tono para cortarla.- Y él, conmigo en sus manos, podría hacer mucho daño. Para mi bien, he escapado.- Sentenció afirmando.

- ¿Qué podría hacer?- Preguntó Lyda.

- Algo horrible.- Desvió él.- Y sería fatal para mí. Los duendes de epoxi que erran al cumplir su papel en la vida, si algo sale mal, no muere, queda siempre en una forma viviente de la que no puede escapar...- Y se echó a temblar de pensarlo.- Sería un muñeco toda mi vida.

- Pero... ¿Cuál es tu papel en tu vida, Sebah?

Él que ya estaba listo para echarse a llorar otra vez, quedó muy serio.- No te lo voy a decir. Podrías desatar mucho mal en el Mundo.

- Yo no haría eso.- Señaló tajante Lyda.- No te haría daño.- Él se quedó pensando. - De verdad. Intentaría ayudarte.- Y le sonrió.

- ¿Intentarías ayudarme?

- Prometo no hacerte daño.

- Bueno. Te lo diré si me prometes otra cosa.- Lyda asintió.- Tienes que ayudarme a cumplir mi papel, y a esconderme de él.

- Claro.- Dijo ella sonriente. Habían hecho un trato.

- Soy un duende invocador.- Y se creó un silencio, en el que Sebah trató de intuir si ella estaba comprendiendo el alcance de los hechos.- Hay duendes cuyo papel en la vida es tan simple como hacer reír a alguien, otros que es ayudar a canalizar la magia de un mago, como los mágicos. Y hay invocadores, como yo, que deben invocar un demonio en este mundo. ¿Lo entiendes, Lyda? Alguien como yo en las manos de una bruja es arma poderosa, así que si vas a hacer algo conmigo, hazlo

bien, o yo quedaré así, para siempre.- Ella no supo reaccionar.- Hay mucho en tus manos ahora.

La última Baronesa

Lyda se despertó de pronto, con una sensación extraña. Como si algo hubiera ocurrido aquella noche, y ella no hubiera podido evitarlo. Incluso tenía un dolor de cabeza exagerado. Lo primero que hizo fue prepararse una infusión de hierbagris, para aliviar la molestia, y después salió a tomarla al jardín.

Allí, se sentó en el césped, y observó a Assissa, su gata, husmeando entre un arbusto. Parecía perseguir algo, como una rata u otro animalillo. Lyda sonrió, pensando en la gata, era tan hermosa... Entonces, de entre la maleza, sonó una voz que le costó reconocer.

- Lyda, ¡sócórreme de este felino inmundo!-
Entonces cayó, era Sebah.- ¡Quiere devorarme!

Lyda se puso en pie rápido, dejando allí la taza, y corrió hacia la gata. De un manotazo la espantó, y esta huyó recelando. Quedó en otra esquina, mirándola con aquellos ojos azules impresionantes, y lamiéndose una

pata con estilo. Lyda rebuscó entre los arbustos, y allí estaba Sebah. El duende estaba al otro lado de los barrotes de la verja, muerto de miedo.

- Tú no puedes morir, Sebah...

- Sí puedo. ¡Lo verás si me devora ese gato!

- No es un gato...- Dijo ella resignada.- Sólo quiere jugar contigo. Pero dime, no puedes morir, ¿o sí?

- Todo duende de epoxi es mortal, y yo soy un duende de epoxi. Así que dadas las premisas, soy mortal, joven bruja.

- No sé si lo entiendo. ¿Y tu papel?

- Mi papel en esta vida se quedará sin hacer y yo no volveré a este mundo.

- Pero, Sebah, me dijiste que si no cumplías tu misión, te convertirías en un muñeco...

- ¿Si me mata tu gato odioso podré llevar a cabo mi cometido? ¡Terminará rasgando mi cuerpo, como el de un trapo viejo! ¡No dejes que ocurra!

Lyda se echó a reír.- No te preocupes, pequeño, no ocurrirá tal cosa. ¿Verdad, Assissa...?- Dijo mirando a la gata, que ya había desaparecido.- Créeme, no quiere comerte. Assissa no es una gata. Es una chica que fue convertida en gata.- Y volvió a reírse.- Assissa era una bruja, la Bruja Bella, la llamaban. Era tan hermosa que cautivaba a los hombres que la miraban. Alguna doncella debió caer incluso... Era tan hermosa, que hasta un duende como tú se hubiera rendido a sus pies.

- Ni lo sueñes.- Le interrumpió.

- Créeme. Era preciosa.

- ¿Qué le ocurrió? ¿Fuiste tú?

- No... Fue mi madre. Le tenía tanta envidia que la maldijo, convirtiéndola en una gata para siempre.- Lyda negó. Aquello le pareció excesivo, hasta para alguien como su madre.

- Eso no evitará que me devore.- Concluyó Sebah.

- No, tienes razón. Puede ser muy persuasiva cuando persigue a una presa. Pero yo cuidaré de ti. No te comerá mientras estés conmigo. ¿Te hice una promesa, no?

Sebah afirmó.- Cuídame. Ayúdame a cumplir mi papel.

- ¿Es tu único fin en la vida?

Sebah pensó su respuesta. Era tan obvia que necesitaba dar un rodeo para hacérselo entender de una vez por todas.- Los duendes de epoxy nacemos con un fin, y vivimos para ese fin. Sólo así podremos completar el ciclo. Volver a morir y renacer con otro fin. Yo no recuerdo mis vidas anteriores, pero poco importan. Lo seguro es que cumplí mi papel tantas veces como me las encomendaron. Y por ellos, debo cumplir el mío ahora.- Respiró.

- Ya entiendo... Ven, vamos dentro. ¿Quieres una infusión de hierbagris?- le ofreció al duende.

- Puagh... Ni loco.

Entraron y se sentaron en la cama. La noche anterior habían dormido ahí los dos, después de hablar durante horas. Lyda había quedado perpleja con todo ello. Eran unas criaturas de las que no había oído hablar nunca. Ahora entendió muchas cosas. Los duendes de epoxy eran fascinantes. Cada uno tenía un papel más

peculiar que otro, provocar sueños, bostezos y hasta batallas. Ayudar en partos, curar a los enfermos, provocar eclipses... Alguno sólo tenía que provocar el hipo. Lyda se había planteado si no habría uno de ellos viviendo debajo de su casa... Al parecer, además, cuando estaban cerca, ocurrían cosas extrañas: se escuchaban pasos, risas o susurros, desaparecían cosas o cambiaban de sitio... Eran unas criaturas fascinantes.

- Sebah, ¿cómo hacen su magia los duendes de epoxy?- Le preguntó.

- Los duendes no hacen magia... Sólo logran cosas. Se provocan cosas con la sola presencia de uno. Pero ello no ocurre sólo con los duendes, ¿sabes? Si tú ahora acudes a una reunión a la que no pensabas ir, incluso sin dar una opinión polémica, cambiarías los hechos a cómo sucederían si no hubieras acudido...

Lyda quedó pensando. Tenía toda la razón. Pero los duendes de epoxy hacían cosas diferentes. Provocaban cosas...- ¿Y crees que puede haber un duende como tú viviendo debajo de mi casa Sebah?

- ¿Qué te hace pensar tal cosa?

- A menudo escucho ruidos, o pierdo cosas... Y mi hipo, no dejo de pensar en aquél duende que me contaste...

- No. Lyda, dudo que alguno haya habitando tu suelo. Es cierto que muchos de nosotros viven bajo tierra. Hay una complicada red de túneles que te sorprendería. Pero dudo que sea el caso. No te ofendas.- Terminó encogiéndose de hombros.

Lyda quedó pensativa un rato. Entonces se le ocurrió una idea.

- ¿Te gusta volar, Sebah?

- ¿Cómo? Odio volar... No puedo saberlo, es cierto, pues nunca he volado. Pero soy un duende de epoxy, y los duendes de epoxy no vuelan. Odio volar.- Terminó.

- ¿Te gustaría probarlo?- Sonrió ella.- He pensado que podríamos ir a ver a alguien que tal vez nos ayude. Tal vez ella sepa qué hacer contigo, para que logres tu papel en la vida...

- ¿Tan lejos se encuentra que hemos de ir volando?- Lyda sonrió, asintiendo.- ¿Y cómo volaremos? Si puede saberse.

- Ven conmigo.- Lyda bebió de un trago lo que le quedaba de infusión, y se dirigió al jardín otra vez. Sebah la siguió, y allí ella la tomó en brazos. Entonces Sebah se estremeció al ver aquello... Su cuerpo comenzó a cambiar. Su diminuta figura se estremeció, como nunca antes lo había hecho, y de su espalda le surgieron dos protuberancias, que crecieron y crecieron hasta volverse dos alas enormes. Sus brazos, por el contrario, se encogieron, produciéndole gran dolor, hasta desaparecer por completo. Y cuando se miró horrorizado en las pupilas de Lyda, llegó a ver cómo su rostro cambiaba... Una barbilla que jamás había estado ahí comenzó a crecer y crecer, hasta convertirse en el pico de un ave, y su cabeza se fue adaptando a la forma que le permitiría surcar los cielos... Ahora Sebah era una paloma en las manos de Lyda. Ella, entonces, la lanzó al aire, y ésta comenzó a revolotear alrededor.

Ambos se elevaron en vuelo, y a medida que ganaban altura, Sebah iba disminuyendo su agudo graznido... Fue comprendiendo que volar no era tan complicado, hasta le gustaba. Los duendes de epoxy no volaban, porque no venían al mundo preparados para ello, sino para otras grandes cosas, en cambio, las aves nacían con aquella habilidad, y así volar era de lo más sencillo. Todo venía determinado al nacer, unos volaban, otros controlaban la *Magia Mutable*, y otros invocaban demonios... Así era vivir.

El manto de laurisilva que quedó por debajo suyo era tan hermoso... El volcán se elevaba hacia el noreste, como una amenaza colosal que jamás desaparecía. Al verlo desde aquella perspectiva, se dio cuenta de lo grande que era, pensó que debía ser el monte más grande del mundo. El manto de laurisilva se perdía por abajo entre el mar de nubes, que hoy flotaban bajas, y por arriba en la escarpada y árida desolación de la falda de volcán, que se elevaba y elevaba hasta acabar en una gran boca humeante. Era impresionante.

Estuvieron volando un rato, en el que Lyda no se alejó de Sebah más de unos pies, y por fin ella comenzó a descender. Al parecer había visto algo. Allá abajo, no lejos de donde estaban, una columna de humo negro ascendía bailando con la brisa. Algo parecía haber arldido. Al acercarse, vieron lo que una vez debió ser una gran mansión, ahora reducida a cenizas. Sebah vio entonces que Lyda aceleraba el vuelo. Al aterrizaron cerca, y nada más tocar con las patas el suelo, Sebah se sintió a sí mismo mutando. Sus alas se volvieron sus brazos, su pico menguó y su cuerpo agrandó hasta su tamaño original.

Volvió a ser un duende de epoxy. Lyda había salido corriendo hacia el lugar destruido, y él la siguió. Ella al llegar se puso a rebuscar entre los muros caídos, entre las rocas desprendidas de lo que antes fue una gran mansión. No podía respirar bien por la humareda, por lo que se tapaba nariz y boca con una manga del camisón. Encontró varios cadáveres que no pareció reconocer, y que ignoró, sin cesar en su empeño. Parecía realmente alterada, como si le fuese la vida en ello, o la suya, o la de alguien conocido bajo los escombros. Entonces Lyda dio con quien buscaba...

Entre lo que ya era un edificio derruido, habían alcanzado lo que debió ser una biblioteca, reconocible sólo por el mayor estrago de las llamas. Cuánta sabiduría se habría perdido en aquel incendio... Entre tablones chamuscados y cenizas, Lyda sujetó un cadáver irreconocible. Era de una persona grande, más bien gruesa, de pelo rubio chamuscado y unos ojos amarillentos y penetrantes, que horrorizados no se habían cerrado en el momento de su muerte. Lyda se puso a llorar y Sebah no supo qué hacer, cuando ésta abrazó el cuerpo ennegrecido de su madre...

- Ella tenía razón.- Se lamentó Lyda.- Alguien está matando a las brujas...

- ¿Quién es?

- Es la Señora de la *Magia Mutable*, la Baronesa de Lis. Es mi madre...

Sebah se acercó hasta ella, la miró durante unos instantes a los ojos amarillentos, hasta que se los cerró con las yemas de los dedos.- Lo siento mucho Lyda.

- Lo peor es que ella lo sabía. Alguien está asesinando a las brujas, y ella lo sabía.- Lyda escupió aquellas palabras con ansia. Derramó unas lágrimas más, y miró a Sebah con los ojos hinchados.- También darán conmigo.

- ¿Quiénes son?

- No lo sé, Sebah... No lo sé.

- Me buscan a mí, Lyda. ¿No lo ves? Conmigo podrían hacer terribles cosas.

- No lo conseguirán. Nos esconderemos. Pocos saben donde vivo, si dan con mi hogar es que realmente saben lo que hacen. No dejaré que te encuentren.

- Vienen a por mí...- Repitió el duende de poxi.- Marchémonos, Lyda. Quien hiciera esto puede regresar y dar con nosotros.

Lyda se levantó, dejando el cuerpo donde estaba, y cerrando los ojos, sin dejar de llorar, levantó una mano, y se concentró. El cadáver de su madre, entonces, comenzó a arder. Llamas de colores rojizos envolvieron su cuerpo, y ambos debieron retroceder por su enorme tamaño.

Entonces, sin dudar, Lyda y Sebah se marcharon como habían llegado.

Autorretrato

Cuando Lyda despertó se dio cuenta de que todo lo sucedido había sido real. Ahora estaba sola, bueno, tenía a Sebah, que aun dormía acurrucado junto ella. Lo observó detenidamente, era una criatura asombrosa. Pero sin la guía de su madre, la Señora de la *Magia Mutable*, debía encontrar ella sola el camino, la forma de ayudar a Sebah, y lo más importante aún, ser fuerte para afrontar su destino. Ahora sabía que alguien estaba cazando a las brujas. Estaba segura de que vendrían a por ella. Se recostó pensando en su madre. Es cierto que no había sido buena madre, siempre pensando en ella misma y con sus pensamientos egoístas. Le había enseñado, aun así, mucho de la *Magia Mutable*, y de cómo utilizarla.

Cuando el don apareció, Lyda era muy pequeña, y su madre le explicó bien su significado. Su paciencia jamás fue considerada, pero fue buena maestra. Le enseñó grandes cosas, y Lyda pudo comenzar a aprender por sí misma. Esa era, en realidad, la tarea del maestro, que el aprendiz pudiera valerse por sí mismo, crecer, mejorar. La Señora de la *Magia Mutable* ya no estaba, ahora Lyda era quien debía controlar aquel poder.

La falda del volcán ofrecía pocos días soleados, pocos días como aquél. Las nubes, que atravesaban el continente velozmente, se detenían al toparse con la montaña más alta de aquel mundo recóndito. En torno a

ella, se establecían, y aquel que ascendía la empinada ladera lo suficiente, podía apreciar un mar de nubes que a menudo cubría el horizonte, sin dejar ver las bastas tierras que se extendían hacia el sur, cubriendo la Selva de Agana.

Aquella mañana era diferente. El sol lucía radiante, y Lyda no pudo evitar salir al jardín a intentar disfrutarlo. Lo cierto es, que la bonita muchacha llevaba unos días preocupada. Últimamente se sentía diferente. Su conocimiento de la *Magia Mutable* había cambiado. Cada vez sabía más, y sus secretos se le iban desvelando, pero ello traía consecuencias. El hecho de poder convertirse en un pajarillo rojo y volar entre los árboles, era demasiado tentador como no hacerlo a menudo, y Lyda iba sintiendo la parte oscura que toda magia conlleva...

Una vez, recordaba con tristeza, su madre le contó que conocía a un hechicero ilusionista. Al parecer, éste había perdido la cordura, pues con su magia era capaz de engañar los sentidos, y hacer que se viera u oyera aquello que no existía. Llegó a crear los olores más increíbles, y las más impresionantes visiones. Podía incluso hacer aparecer cientos como él mismo, para engañar a los asaltantes... Pero la *Magia de la Ilusión* tenía una pega, uno corría el riesgo de engañarse a sí mismo, de perder la razón y de creer que existía lo que él mismo había creado... Este hechicero estaba sufriendo las consecuencias de la magia.

Y Lyda pensaba que le estaba sucediendo lo mismo. *La Magia Mutable* era diferente, y la pérdida de la cordura giraba en torno a otras secuelas... Lyda sentía que a veces su verdadera forma era diferente a la de su cuerpo esbelto y precioso. Las alas de pajarillo le parecían sus brazos, su piernas a menudo las sentía en la forma de las raíces de las plantas en que era capaz de transformarse, y su cuello parecía más largo de lo normal, como el de los monstruos reptiles que tanto adoraba.

Le había ocurrido ya varias veces, que tras escapársele varios hipos seguidos, se convertía en una horrorosa figura, sin querer, y hasta que no se tranquilizaba, no era capaz de volver a su estado original. Era algo que le aterraba, estaba perdiendo el control... Pero ella adoraba su magia, conocerla era algo que ansiaba, y manejarla algo con lo que disfrutaba. Tenía que encontrar el modo de controlarla.

Su pérdida de identidad, junto al añoro por su madre, le hicieron sentirse muy desconsolada. Pero aquel día que había nacido, tan brillante, parecía brindarle la oportunidad de regocijarse con su vida, con su conocimiento. No pensó en volverse un águila y sobrevolar el volcán, ni en un roedor y corretear entre los helechos. Decidió, sino, dibujarse a sí misma, así como se sentía, y como más quería sentirse. Lo que ella era, y lo que quería ser.

La magia no era más que magia. Ella sería más fuerte, podía con ello. Se sentó en su jardín, sobre el pasto, con un lienzo de pergamino y una pluma húmeda,

y comenzó a dejar que el arte y la magia fluyeran por sus trazos...



La Voz del Demonio

Lyda escuchó una voz en sueños que le llamaba. Escuchó claramente su nombre, donde no alcanzaba a ver absolutamente nada. Una sola palabra repetida, desde una garganta profunda y áspera, invisible: *Lyda, Lyda, Lyda*. Una vez más, la bruja se despertó en la noche. Estaba en su habitación, tumbada en su lecho, bocarriba y medio tapada. La vela seguía encendida, pero titilaba como mecida por una brisa inexistente. Entonces, escuchó la voz otra vez: *Lyda...* Sólo que esta vez no soñaba. La vela bailó ágilmente, para apagarse al instante. Todo quedó a oscuras, y *Lyda* casi siente parársele el cuerpo, el corazón, y la vida.

- *Lyda...*- Aquella voz la mantuvo paralizada un rato. Estaba segura de escucharla. Estaba segura de estar despierta. Estaba segura de estar en su cama y de estar escuchando su nombre. Y lo peor de todo... Estaba segura de estar sola en su casa.- *Lyda...*- Otra vez. Ella

dejó de respirar. No veía nada, sólo sentía el contacto con las sábanas, su corazón latir a punto de saltarle del pecho, y su cuerpo paralizado del horror.- No temes a la oscuridad, Lyda...- Aquello ya era imposible. La voz articuló esas seis palabras, desde una garganta que no existía, entonando con cuerdas vocales imposibles.- Me temes a mí... Siempre lo has hecho. Siempre has sabido que acecho en la oscuridad, me escondo entre tus miedos, ante tus ojos cuando no puedes ver... Y aunque has intentado huir de mí, te he alcanzado.

Lyda no podía hablar, ni moverse ni hacer nada, salvo mantenerse con vida ante ese terror que la empujaba a salir huyendo de su propio cuerpo, de aquel momento, incluso a enfrentarse a la muerte por escapar de esa voz infernal. Deseó poder abrir la boca, pero sus labios no respondieron. Pronunció mentalmente, sin vocalizar.

- Ya conoces mi nombre, aquél con el que me llaman algunos. Tengo múltiples y a la vez ninguno. Para ti soy el miedo, y la impotencia... Me conoces desde siempre, me has escuchado sin verme, y siempre te he acompañado en la oscuridad...- La voz respondió a ésta y tantas preguntas como Lyda se formuló en la cabeza. Y ella se imaginó dos alternativas, o había perdido la cordura, o era un demonio que habitaba en sus sueños más remotos.- La cordura te acompaña, como este momento, que es real. Cierto es que en tu cultura me llamarían demonio, pero las connotaciones temerosas que el sólo concepto provocan no nos ayudarán en este intercambio de intenciones... En todo caso, esa es tu respuesta, soy un demonio esperando a poder nacer,

impotente, temiendo que jamás lo lograré...- La voz pareció apenada, incluso, dentro de lo horrenda que sonaba en aquel momento imposible.- Lyda, acudo a ti porque ambos tenemos un anhelo por conseguir, porque los dos queremos algo prohibido. Algo inaccesible.- La voz calló un segundo, para continuar.- Esa impotencia, es lo que nos une, Lyda de Lis...- A medida que Lyda fue formulando sus interrogantes en su cabeza, el demonio los fue respondiendo. La voz le aterraba, pero al mismo tiempo no le amenazaba. El miedo nunca desapareció, pero cada palabra que escuchaba en la oscuridad le acercaba más a la feroz criatura.- Lyda, yo puedo hacer que logres cualquier deseo. Mi alimento es mi secreto, mi codicia los anhelos mortales, mi conexión con el mundo la impotencia de las personas... Si me ayudas, yo puedo ayudarte. Cumplir el mayor deseo de un cualquiera siempre es tarea sencilla para mí, y el precio siempre es alto. En tu caso, Lyda, necesito de ti más de lo que cualquier otro podría darme...- Lyda no pudo evitar sentirse intrigada, y él lo supo.- Yo te ofrezco la eternidad con él. Y a cambio sólo has de liberarme de mis necesidades... El guerrero que te espera en forma de piedra, ya hizo un pacto conmigo. En mi mano está liberarlo. Sólo has de hacer cuanto necesito de ti.- Lyda dejó escapar en su mente un pensamiento arriesgado.- Debes liberarme en el mundo, Lyda. Debes hallar la forma de traerme a tu mundo. Cuando esté ahí, podré hacer que estés con el guerrero de las montañas altas para siempre. En mi mano está liberarlo. Y en tu mano liberarme a mí. Cumple esta promesa, y yo cumpliré con mi parte...

Ambas mentes permanecieron un instante infinito en silencio, negociando, calculando consecuencias, aceptando y rechazando deseos incontrollables, hasta que Lyda formuló un pensamiento en positivo. Aquello selló el trato entre la bruja y el demonio. Sólo tenía que lograr invocarlo en el mundo, y podría estar con el guerrero al que ya amaba, tanto, como para firmar sobre su vida con el demonio...

Sellado el trato, la voz no volvió a sonar en su mente... Entonces la vela se encendió, devolviendo la luz a la estancia. Lyda se encontró tendida en la cama, sudando y bien despierta. Aquella noche no volvería a dormir. Todo había sido real, o no. En sueños o en la realidad, había hecho un trato con el demonio que pensaba cumplir. Se levantó de la cama y caminó hasta la vela. Se quedó observándola un rato, largos minutos que se consumieron como la cera, desvaneciéndose en el aire. De pronto, lanzó un soplo que lo dejó todo a oscuras. Regresó a la cama y quedó pensativa, hasta que las primeras luces del alba, horas después, aparecieran en su bosque, en su casa, y en su vida... Nada sería igual desde aquella noche.

La Dama Negra

Lyda y Sebah habían salido a pasear por el bosque. Aquel era un lugar magnífico, y entre árboles retorcidos y helechos gigantes se perdieron durante horas. Fue un buen rato, de desahogo, en que ambos derramaron lágrimas hablando de muchas cosas. Lyda le contó al duende la historia de su vida, la de su madre, de cómo abandonó a su padre y de cómo se habían instalado en aquel bosque impresionante. Pero no le dijo nada de la voz. Sebah escuchó atento toda la historia, y quedó maravillado con la Señora de la *Magia Mutable*. Se sintió realmente afligido por no poder conocerla, tal vez ella sabría cómo liberarle de su carga, le habría ayudado a llevar a buen fin el papel de su vida. Juntos, con Lyda y su madre, habrían invocado aquella criatura que Sebah debía traer al mundo. Los riesgos de aquello eran tan grandes, que hasta él mismo estaba aterrado. Su vida podría resultar una gran desgracia para el mundo, pero

estaba ahí para eso, y debía cumplir su cometido. Y Lyda iba a ayudarle a lograrlo.

Pasaron durante horas, caminaron ladera arriba, internándose en la neblina, hasta donde el bosque cambiaba, y el laurisilva iba desapareciendo en un bosque de altos árboles. Más allá terminaban, y la ladera continuaba en una árida pendiente hasta la boca del volcán, donde habitaba el dragón. Era un lugar al que ninguno quería ir, y cuando llegaron hasta el límite del bosque, emprendieron el regreso.

Ambos estaban iniciando una gran y profunda amistad. Lyda había encontrado en Sebah un compañero que sólo habría hallado en Oníríca. Su historia maravilló por igual al duende de epoxy, y ambos lloraron su muerte también. Sebah había comprendido que alguien perseguía a las brujas, y debían saber por qué. Aunque no había forma de saberlo, salvo enfrentarse al destino. En algún momento iban a encontrarles, y ellos debían elegir si esperar ese momento, o si huir y jamás despejar la duda.

El camino de regreso fue más fácil, descendiendo entre la laurisilva, hasta el hogar de Lyda. La pequeña cabaña permanecía escondida entre la maleza, en una garganta bien disimulada por peñascos y maleza. Cuando se aproximaban a la buganvilla rosada, supieron que habían llegado. Y entonces Lyda supo que algo no marchaba bien.

La puerta de su casa estaba abierta, y al llegar hasta ella le dijo a Sebah que esperara fuera.- No te muevas de aquí.- Éste corrió a esconderse entre unos arbustos, y la vio transformarse en un fornido hombre

pelirrojo. Lyda, reteniendo el miedo, desenvainó su espada y entró en su hogar.

Dentro todo estaba revuelto. Su baúl abierto, los utensilios de cocina por el suelo y su cama deshecha. El colchón estaba, de hecho, por el suelo. Pero lo peor de todo era que la alfombra, con su escudo de armas en forma de la Flor de Lis, estaba arrugada en una esquina, y la trampilla que daba al subsuelo estaba abierta.

Trató de no hacer ruido. Se acercó y miró dentro, donde una vela iluminaba. Había alguien ahí debajo. Se asomó para poder ver, pero nada. No pudo ver a quien quiera que fuese. Lyda se temió entonces que los hubieran encontrado, y de nuevo la duda se le hizo presente. Era el momento de correr, o de conocer a quien estaba cazando a las brujas. Sin pensarlo, saltó al interior de la cámara y amenazó con la espada al intruso.

La húmeda estancia estaba toda revuelta, sus libros por el suelo, salvo uno, y allí, junto a un rincón, estaba ella: la Dama Negra. Lyda, feroz, lanzó una estocada, pero ella, ágil, interpuso su báculo, parando el ataque. Quedaron quietas, mirándose. Era una elfa bellísima, pero con furia en la mirada. Su tez, blanca como la nieve, contrastaba con su largo cabello negro. Llevaba una corona de plata con joyas engarzadas, y una túnica negra con ribetes dorados. En la mano tenía el Lunariu.

- ¿Quién eres?- Inquirió Lyda con su voz de hombre fornido.

- Sabes quién soy. Baja tu arma, y regresa a tu forma, adoradora del mal. Estoy aquí para acabar contigo.- Respondió ella con ira. La miraba fijamente,

desafiando, confiando plenamente en poder cumplir su amenaza.

- ¿Cómo sabes quién soy? ¿Cómo me has encontrado?

- No fue difícil seguir el rastro...

- No vas a llevarte al duende de epoxy. Antes deberás acabar conmigo, como has hecho con mi madre y las demás brujas.

Tras la contraofensiva verbal, la Dama Negra sonrió con medio labio.

- No vas a llevártelo.- Repitió Lyda.

- No sé de qué duende me hablas, pero no he venido por él. Vine por ti. Y tú me estabas esperando, sabrías que vendría, pues el Lunariu te lo dice.

Lyda contestó a aquello con una mirada incrédula. ¿El Lunariu? La elfa tenía el libro con una mano. Claramente había sido sorprendida por Lyda leyéndolo.

- Lo habrás leído.- Dijo la elfa.- Hoy lo iba a encontrar. Y si crees en su profecía, es que eres una necia, niña, pues no dejaré que logres cumplirla.

Lyda sin entender lo que quiso decir, reaccionó y trató de atacarla, pero ella se zafó del golpe y volvió a pararlo con el báculo. Era un bastón muy largo, de una madera blanca tallada en una extraña forma. El extremo por el que la elfa lo agarraba era fino y sin florituras, de un blanco pálido, y por la mitad comenzaba a retorcerse hasta terminar en una raíz extraña, que agarraba una piedra del más impenetrable negro.

- Voy a acabar contigo, a cambiar el destino. Este Lunariu no dice más que sandeces. Todo puede ser modificado.

Entonces lo comprendió todo Lyda. Necesitaba el Lunariu para invocar la demonio. Aquella voz había acudido a ella, y no a cualquier otra persona, porque era ella quien debía invocarlo. Su madre había tenido razón en todo. Ese libro era la clave de todo.

- No vas a conseguirlo. Voy a marcharme de aquí con ese libro, y tu vida va a terminar en este instante.

- ¿Este instante? ¿Sabes cuántos instantes como este he vivido, niña? Los hombres no entendéis el tiempo. Mi vida ha sido tan larga que no podrías si quiera concebir tal pensamiento, y no vas a terminar tú con ella, ahora, en este momento. No me importa lo que diga el Lunariu, voy a llevármelo.

Pero Lyda no iba a permitirlo. Se concentró y miró el Lunariu. Entonces éste comenzó a desvanecerse. La elfa se centró de inmediato, y se preparó para dispersar el hechizo de Lyda, pero era tarde, ya estaba conjurado. El Lunariu calló de las manos de la elfa, partiéndose en varios trozos, y al tocar el suelo de la cámara, calló en la forma de miles de gotas. Ahora aquel pesado libro, era sólo un charco de agua. Entonces Lyda se movió rápido y logró sorprenderla. Giró su espada dejando el rostro de la elfa al descubierto, y le golpeó con la culata de metal. La elfa cayó sobre su espalda, tratando de golpear con el báculo, derribando así a Lyda. Ella que ya no pudo más, perdió la concentración de ambos hechizos y tanto el hombre fornido como el

charco, desaparecieron. Lyda quedó tendida sobre el Lunariu.

La elfa fue a reaccionar, y saltó sobre ella, pero Lyda agarró el Lunariu y corrió hacia las escaleras que subían hasta su hogar. Empujó a la elfa, pero ella le agarró el camión. Lyda, tirando con todas sus fuerzas, logró huir, y la Dama Negra se quedó con un trozo de tela verdosa en su mano.

Cuando la Dama Negra salió de la casa no vio a nadie. Aquella muchacha había huido con el Lunariu. Maldijo, gritó de rabia, y golpeó el suelo con su precioso báculo. Miró alrededor, volvió a maldecir en su melodiosa lengua, y se marchó.

El Lunariu

Pasado un rato, cuando la Dama Negra ya se había marchado, la casa de Lyda había quedado completamente desordenada. Todo estaba en calma, la brisa mecía las hojas de los árboles alrededor y las flores bailaban levemente. Algunas nubes surcaban el cielo, dejando pasar un tenue sol que ya estaba por ponerse. El pasto, en cambio, permanecía quieto, borrando poco a poco las huellas de la hechicera, que ahora estaría buscando a Lyda en cualquier otro lugar del Mundo. Y entonces, un árbol de grueso tronco que antes no estaba ahí, con sus otoñales hojas rojizas, comenzó a mutar. Primero se retorció, después menguó, y su robustez se fue simplificando, hasta caerse y partirse en tres pedazos. Como si alguien lo hubiera reducido a cenizas, los tres pedazos se fueron consumiendo, hasta volverse a la forma original de lo que era. Lyda abrió los ojos y le tapó la boca a Sebah, que aun estaba aturdido

por el hechizo. Junto a ellos estaba el Lunariu. Lyda lo tomó, y ambos corrieron en dirección opuesta a donde se hubo marchado la Dama Negra.

Anduvieron sigilosamente durante horas, hasta alejarse lo suficiente como para sentirse a salvo. No sabían a dónde habría ido la hechicera elfa a buscarles, pero allí donde habían ido a parar no sería el lugar donde los encontraría.

Se trataba de un prado muy hermoso donde ya habían ido juntos. En otras ocasiones se habían echado entre la hierba a ver volar a las libélulas sobre sus cabezas, y a disfrutar de la charla. Pero esta vez lo cruzaron hasta alcanzar el bosque, hacia el sur. A partir de ahí, la vegetación cambiaba con el discurrir de los microclimas, que resbalaban por la falda del Gran Volcán a medida que alcanzaban cotas más bajas, y el bosque de laurisilva se tornaba en una selva tropical. Entre algunas palmeras se ocultaron, en un recoveco donde nadie podría verles.

- ¿Quién era?- Preguntó Sebah, esperando encontrar respuesta a la pregunta que había repetido en susurros durante el camino.

- No sé quién era, pero sé qué buscaba.- Sebah la miró expectante.- Busacaba este libro,- Dijo ella señalando el Lunariu.- Es por este libro que esa elfa mató a mi madre, como a todas las demás brujas.- Calló un segundo, afligida.- Y ahora venía a por mí.

- ¿No venía a por mí?- Se asombró Sebah.

Lyda negó.- No sabía ni que existías... Eso es lo que más extraña de todo.

- ¿Por qué?

- Porque si buscaba este libro... Porque contigo ella podría hacer cosas terribles. Pero...- Pensó un segundo. Algo no le cuadraba.- Pero si no sabía que contigo podemos invocar al demonio, entonces ¿por qué buscaría el Lunariu?

- ¿El qué?

- Este libro. El Lunariu.- Repitió cogiéndolo con ambas manos.- Sebah, debo confesarte algo que hasta ahora no me decidía a mostrarte.

El duende de epoxy asintió.

- Este libro sirve para invocar al demonio.

Sebah quedó perplejo. Lo miró sin comprender. ¿Y por qué no le había dicho nada aun?- Pero si me dijiste que me ayudarías a cumplir mi papel, mi vida...

- Sí.- Dijo ella.- Lamento no haber conseguido ni ayudarte ni salvarte.

- De momento lo has hecho. Sigo vivo, y ahora invocaremos al demonio.

- Sebah, mi madre me dijo que ignorara *la voz*. Ugligh, el dragón nimio, me dijo que la voz era peligrosa. ¡Dristan calló en la mentira de la voz! ¿No lo entiendes?

- No debemos invocarlo... Pero a la vez,- Por un segundo, suspiró.- deseo tanto hacerlo...

No dijeron nada. Aquello era una gran responsabilidad. Lyda tenía que contárselo todo a Sebah.

- Sebah, he de confesarte algo.- Meditó las palabras.- En mi casa vive un demonio.

- ¿He estado en una casa en que vive un demonio y aun no me has ayudado a cumplir mi papel?

- Espera, ese demonio no es bueno. Mi madre ya trató de evitarlo, pero estaba enamorada de él... No puedo creer que todo aquello fuera real. Ella me dio el libro para que no lo utilizara, porque se sentía en peligro.

- Pero Lyda...

- No. Espera.- Le interrumpió la bruja.- Antes de conocerte, estuve en el Macizo de las Estatuas, es un lugar donde hay cientos y cientos de estatuas de piedra, víctimas de este demonio traicionero. Allí conocí a Dristan.- El duende asintió. Ya conocía la historia.- Este demonio habita mi hogar desde hace mucho, pero hasta ahora no había hablado con él.

- ¿Hablaste con él?

Lyda asintió.- Vive por estos parajes, y por las noches me atosiga. Antes escuchaba ruidos, voces incluso, y yo permanecía aterrada. Pero ahora puedo hablar con él. Me dijo que si quiero estar con Dristan, debía invocarlo, abrirle la puerta a nuestro mundo.

Los dos se miraron fijamente, de manera cómplice. Después Lyda dirigió su mirada más allá de la selva, hacia el prado donde revoloteaban las libélulas. Suspiró.

- Sebah, con el Lunariu y contigo, podré ayudar a Dristan. Cumple tu papel, continúa tu camino, ayúdame a invocar al demonio.

Mircea, la Senora que guarda la entrada

Una gatita saltó desde el peñasco internándose en la espesa niebla que cubría la garganta, creada milenios atrás en la falda del volcán. La gatita cayó en la cuenta de que todo estaba gris a su alrededor, y olfateó el aire, buscando la brisilla suave correr, y se dirigió en aquella dirección.

Era una extraña gata, cuyo pelamen era rojizo, un rojo ígneo, muy bonito y muy lacio, pero demasiado peculiar para tratarse de una gata de verdad..

Anduvo sigilosa entre la niebla, sorteando los helechos que se elevaban varios metros del suelo, entre los laurisivas y las rocas cubiertas de musgo. Aquel lugar parecía sacado de un cuento, si fuera real, no podría ser tan tenebroso... Pero la gata sabía bien lo que buscaba, y que allí lo encontraría.

Notó el cambio de presión, y la niebla clareó un poco, al ir descendiendo la garganta. La tierra era

corrediza, arcillosa, en aquel lugar que tan pocas veces veía la luz directa del sol, pero con agilidad felina, fue descendiendo entre rocas y vegetación hasta dar con el círculo de piedras, al fondo del desfiladero.

Se trataba de un sitio muy silencioso, con aquel aire cargado, en el fondo de aquel lúgubre lugar, donde hacía tiempo que nadie se atrevía a ir. Y allí estaba ella, como le habían dicho que estaría.

- Hola Lyda de Lis, soy Mircea.- Dijo la mujer elfa sentada en las rocas. Vestía una túnica gris que se confundía con la espesa niebla, y acariciaba con suavidad el musgo de las piedras en que se sentaba, disfrutando de su roce. Tenía el cabello gris también, muy largo, coronado con unas ramitas de laurisilva enredadas.

- Hola, Mircea, Señora que guarda la entrada. Venía buscándote.- Dijo la gatita roja.- Necesito que me ayudes. He de dar con aquel que habita el más allá, con el demonio que ha robado lo que más añoro.

- Sé quién posee el alma de tu amante, Lyda, pero no será sencillo convencerle de que la libere... Aquel que vende su alma a un demonio, debe saber que la eternidad es un precio muy alto, a cambio de lo que ha pedido. Ten cuidado si estás planteándote cruzar esa puerta...

Lyda recapacitó sus palabras. Después, pensó que si ya de entrada la conversación adquiriría tal cariz, debía mostrarse ante aquella bruja lo más sincera posible. Así, la gatita se acurrucó hasta convertirse en una bola de pelo rojo, y fue creciendo y creciendo hasta adoptar la forma de la joven Lyda, y se encorvó hasta sentarse sobre

otra roca cubierta de musgo, frente a la bruja elfa.-
Mircea, he venido a pedirte ayuda. He encontrado la llave para alcanzar al demonio que posee a Dristan, y creo saber cómo liberarlo.

- ¿Cómo crees que engañarás al Señor del Engaño? No eres ni una aprendiz de la mentira, tu corazón emana una dulzura que Gingoen deseará consumir en un eterno castigo. Esta criatura es antigua como el mundo, se alimenta de la Impotencia, de la desesperación y de los momentos bajos. Y me temo, Lyda, que tú has caído en su red, te has doblegado y has creído saber cómo engañarle. Pero te equivocas.

- Pero todo me dice que lo haga. Dristan, el Lunariu, Sebah... Todo ha venido a mí para que lo intente.

- Sabes, Lyda, el destino tiene curiosas razones para jugar como juega. Tú, yo, Gingoen, Dristan, el duende y el Lunariu son sólo sus herramientas para alcanzar un fin.

- ¿Qué fin debe alcanzar el destino? Si todo se ha dicho ya en algún momento, si no puedo evitar que ocurra lo diferente, ¿por qué no jugar a su juego? ¿Por qué no intentarlo?

- Oh, sí, pequeña bruja de la *Magia Mutable*. Lo intentarás. Tantas veces como necesites hasta conseguirlo. Porque así se ha dispuesto. Pero éste no es el momento.

- ¿Cuándo lo será? ¿Qué debo hacer?

- ¡Ni yo lo sé! Y que Ivette, Diosa del Destino, me libre... No me gustaría acarrear con la carga que

acabó con ella, haciéndola abandonar este Mundo para siempre.

- ¿Y cómo lo sabré?

- No te preocupes, Lyda.- Dijo Mircea, mientras se ponía de pie. Sus pies desnudos se hundieron en la barro, y sonrió, como si le agradara aquella sensación.- Lo sabrás. O no. Pero ocurrirá. Y será entonces cuando llegue Gingoen, el Demonio Resentido imaginado en la Impotencia de Orfgod.

Lyda la miró extrañada. Todos aquellos nombres no le decían nada absolutamente. Ella sólo quería estar con Dristan, y no podía. Era cuanto necesitaba saber.

- Dime, qué debo hacer.

- No. Éste no es el momento. Porque si lo fuera, no estaríamos aquí, pues aquí no se encuentra la entrada que necesita el demonio para venir. Ésta sigue cerrada. Es más, joven bruja de la *Magia Mutable*, posees el Lunariu. En él viene dicho todo cuanto está por acontecer. En él dice que éste no es el momento. Él te guiará en este camino.

- ¿Dónde debo ir? - Preguntó Lyda consternada.

- A la boca del volcán, a lo alto de la fortaleza o entre la maleza. La puerta puede manifestarse en cualquier lugar. Ya lo sabremos. Pronto lo sabremos.- La elfa hizo un ademán de marcharse.- Poseer el Lunariu es más de lo que muchos han logrado por conseguir su destino. Si lo tienes en tu mano, es que te encuentras cerca de la entrada. Él es la llave de la puerta. Ahora sólo debes hallar el camino que recorrer hasta ella.

Lyda miró al suelo. Las primeras huellas de Mircea sobre el barro fueron surgiendo mientras se alejaba, y la niebla fue volviéndolo todo borroso.- Espera. No te marches aun. Dime qué hacer ahora.

- Desconozco lo que debes hacer, Lyda. Incluso lo que debo hacer yo. Pero sé que volveremos a encontrarnos. Sólo te pido que tengas cuidado. Hay quien trata de cambiar las cosas. Ya estuvo aquí, y le pedí que dejara de intentarlo. Pero la tenacidad de algunos puede ser fatal para todos los demás.

- ¿Te refieres a la Dama Negra? También me atacó a mí.

- ¿También a ti? Ha terminado con muchas brujas, en un intento por detener esto. Su última víctima fue Luliana, la bruja de la *Magia Animal*. No fue rival para ella, y hoy ya no existe.- Mircea recapacitó, tratando de unir el hilo conductor.- Pero yo no he dicho que me atacara a mí...- Le contestó al fin.- Ella sólo vino a rogarme que abandonáramos esta empresa. Pero bien le dije que no había empresa que parar, pues ya estaba completa. Que nada podría evitarla.- Dio unos pasos más.- Huye de ella, pues si logra su objetivo, la luna nunca volvería a surgir en el cielo, las últimas páginas de tu Lunariu no tendrían sentido, y la vida que conocemos dejaría de existir, para reunirse con el Caos, que lo consume todo.

Lyda, tras aquel discurso, se quedó con la boca entreabierta, en silencio, y viendo marchar a la elfa. Cuando se hubo internado en la niebla, se sintió sola,

muy sola, y entonces regresó a donde Sebah la esperaba con el Lunariu. Ahora tenía claro que debía intentarlo.

El Muñeco

Lyda y Sebah no dudaron. Ni un solo segundo se pararon a pensarlo, aunque tal vez debieron sentarse y hacerlo. Los consejos entre la niebla siempre son buenos consejos, pero si no escuchas, todo puede torcerse. Ambos viajaron lejos, a un lugar donde nadie podía ir. En lo alto del volcán, cerca de donde dormía Mëryl, el Gran Dragón Dorado, hallaron el lugar ideal para intentarlo.

Era una explanada en el interior del cráter, con la lava incandescente calentando desde abajo, iluminando en la noche cerrada. Sobre sus cabezas las altas murallas de la boca del volcán mostraban un cielo nocturno que no sería coronado por la luna nueva. Aquella noche ella no estaba para alentarles, o tal vez no había nacido en el cielo porque no quería mirar..

El crepitar de las burbujas incandescentes era el único sonido que se escuchaba, aunque el viento a

menudo se colaba sobre sus cabezas para enturbiar su balada tétrica. Lyda estaba sentada sobre una roca caliente, negra como el cielo, y Sebah estaba frente a ella, incómodo sobre el suelo ardiente. Ella tomó el Lunariu y lo abrió por el final, buscando la última noche sin luna, esperando hallar la esperanza para aquel momento. Pero al dar con ella, no encontró su respuesta. Aquella noche, a diferencia de las demás, se mostraba ausente, como si no pudiera existir. El Lunariu no presentaba una luna para guiarla esa noche. Fue adelante y atrás, siguiendo la última fase lunar, ojeando desde su fase menguante hasta dar con la luna nueva anterior, y otra vez, marchando hacia atrás, a través de las fases crecientes, no encontró la anterior luna nueva. ¡En el Lunariu no aparecían las lunas nuevas! Como aquella noche, las demás lunas nuevas estaban ausentes, pero el resto de lunas iban danzando de fase en fase, completando ciclos y dando consejos o avisos.

Lyda se desconsoló toda, pero se instó a evitar la derrota. Regresó a aquella noche en el Lunariu. Y pasó cuantas páginas faltaban por terminar. Entonces llegó al final de las lunaciones, donde leyó un último mensaje bajo una sonrisa creciente:- *Llorarán las generaciones aun por venir. Comienza la era de la Impotencia, que de inmediato abandonará la tierra que por fin pisa.*

Sus palabras sonaron solitarias, entre burbujas ardientes y la brisa lejana. Y Sebah la miró detenidamente, sin querer comprender. Entonces Lyda le dio la vuelta al gran libro, y trató de buscar sentido a las palabras del revés. Pasó los dedos muy suavemente sobre el antiquísimo lienzo, y las letras fueron girándose para

cobrar significado. Ella sonrió y miró a Sebah, que asintió. Entonces, sin saber bien por qué, ni si sería bueno o malo, ni si lograría lo que pretendía, ni siquiera si quería lograrlo, leyó el mensaje encriptado.

- La luna ha girado impotente alrededor del mundo, mostrándose tal y como es, sincera ante su inevitable destino, desaparecer.- Su voz sonó tímida, como si su garganta se esforzase en emitir un sonido que no quería sonar.- Miles de miles de lunaciones han trazado un camino que ha llevado indudablemente hasta la voz que lee ahora las palabras que desatarán dolor y esperanza en este insólito y preciso instante. Ábrase la puerta del Mundo, y que su umbral sea atravesado por el alma errante que sólo ha existido hasta hoy en la pesadilla.- Lyda miró a Sebah un segundo, y regresó a las letras giradas del Lunariu.- Háganse realidad sus anhelos y caprichos, sea hoy el final de su camino. Que la luna le sonría impotente... Que llegue esta noche el Demonio Resentido, la Impotencia de Orfgod, antaño reprimida ante el deseo de hacer la oscuridad en la noche, de robar lo que nos pertenece a todos, de evitarnos el abrigo nocturno.- Lyda trató de reprimir un hipo, para no perder la fuerza del discurso, pero no lo consiguió.- Que el destino no corrompa lo que ya ha ocurrido... Seas llamado ahora al Mundo, Gingöen, Señor de la Impotencia, Príncipe de la Mentira, la Noche Cerrada y el Eterno Dominio de las Almas. Cruza el umbral que ahora queda abierto...- Lysa se interrumpió a sí misma al notar un cambio. Aquellas palabras habían provocado algo en el mundo, pero no supo el qué. Entonces no dijo

nada más. Sus palabras quedaron en el silencio de las burbujas de lava, y miró a Sebah sin saber si continuar leyendo del revés aquel pesado libro. Frente a ella, el duende parecía quejarse. Tenía mala cara y las manos en su estómago cubierto de harapos, que una vez fueron blancos. Había pasado por tanto aquel duende de epoxi, su vida había sido realmente difícil con tamaña carga a sus hombros. Ser un duende invocador había sido duro. Recordó nacer entre raíces, y conocer la inmensidad de la superficie poco después. Aquella jaula fue su prisión durante tanto tiempo... Largos años pasó entre barrotes, hasta lograr escapar. Entonces encontró a Lyda, lo que le había llevado hasta aquel momento. Estaba tan nervioso, por fin iba a lograr su cometido, su papel en esta vida. Pero en lugar de sentirse pleno, sólo podía retorcerse. Al principio el pulso acelerado era por la importancia de la situación, pero aquel dolor de estómago era algo inesperado. Fue a quejarse, al ver que Lyda había callado, fue cuando se dio cuenta de que ya no podía hablar. Sintió su garganta volverse de trapo y su grito se ahogó en el silencio. Su pelo se convirtió en los hilos blancos de una barba postiza que ya no crecería más. Perdió sensibilidad en pies y manos, y el dolor fue creciendo. Lyda se incorporó hacia él, dejando el tremendo libro en el suelo, y lo acarició despacio.- ¿Qué te ocurre?- Aunque el duende ya no le contestó. Su rostro se torció en angustia, y su piel se fue transformando en un material duro y frágil. En sus ojos naranjas se dibujó el horror, al darse cuenta de que nada iba bien, y de que su vida terminaba en ruina. No habría después de él otro duende de epoxi para continuar con su

legado. Finalmente, Sebah se convirtió en un muñeco de trapo para siempre.

Fue entonces cuando Lyda se dio cuenta de que había fracasado.

Impotencia

Lyda cogió muy fuerte al muñeco en que se había convertido Sebah, y lo apretó contra su pecho. Se sintió tan desconsolada, tan impotente, no sólo había sido incapaz de lograrlo, sino que había condenado a Sebah con su fracaso. Se puso a llorar irremediabilmente, y las lágrimas brotaron despacio, con una rabia contenida que era imposible de evitar. Lo abrazó, maldijo, miró a su alrededor, y vio la lava borbotear cerca, sentía un calor insoportable, pero le daba igual. Aquello había sido lo peor que había hecho nunca. ¡Había matado a Sebah!

Se quedó un rato ahí llorando, abrazándolo, sin saber qué hacer. Pero tampoco podía permanecer demasiado tiempo, pues Mëryl, el Dragón Dorado, podría despertar, y aquello sería su fin. Así que decidió marcharse. Cogió el Lunariu con rabia, pensó dejarlo, pero no lo hizo, pues su esperanza aun no había

menguado. Aunque Sebah no había logrado cumplir su papel en su vida, ella lograría traer al demonio...

Y entonces se marchó.

De la boca del volcán surgió volando una gran ave rojiza. Si alguien hubiera mirado desde lejos, habría creído ver un fénix resurgiendo de la lava, envuelto en una llama incandescente. Sobrevoló el bosque, hacia su horizonte oriental, y las copas de los árboles, que descendían en armonía la falda del volcán, casi se incendian a su paso. Contenía tanta rabia, tanta impotencia, que alcanzó tal velocidad que no tardó en llegar a donde se dirigía. Al tomar tierra, en un claro en el bosque, junto a un gran peñasco, volvió a su forma, arrojó el Lunariu no muy lejos, que quedó abierto por cualquier lunación de la historia, y se acercó a la estatua de piedra que tenía delante. Entonces abrazó a Dristan, deseando transformarse en su sueño de nuevo, pero para quedarse y jamás regresar. Pero en cambio, quedó ahí, llorando, bajo la noche despejada, sin luna, muy desconsolada.

Primera Parte de Lyda de Lis
Historia de una Estatua de Piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treaque
www.modt.net